



ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2015

ISSN 1131-7698

E-ISSN 2340-1354

8

SERIE I PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

UNED



ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2015
ISSN 1131-7698
E-ISSN 2340-1354

8

SERIE I PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/etfi.8.2015>



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

La revista *Espacio, Tiempo y Forma* (siglas recomendadas: ETF), de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, que inició su publicación el año 1988, está organizada de la siguiente forma:

- SERIE I — Prehistoria y Arqueología
- SERIE II — Historia Antigua
- SERIE III — Historia Medieval
- SERIE IV — Historia Moderna
- SERIE V — Historia Contemporánea
- SERIE VI — Geografía
- SERIE VII — Historia del Arte

Excepcionalmente, algunos volúmenes del año 1988 atienden a la siguiente numeración:

- N.º 1 — Historia Contemporánea
- N.º 2 — Historia del Arte
- N.º 3 — Geografía
- N.º 4 — Historia Moderna

ETF no se solidariza necesariamente con las opiniones expresadas por los autores.

Espacio, Tiempo y Forma, Serie I está registrada e indexada, entre otros, por los siguientes Repertorios Bibliográficos y Bases de Datos: DICE, ISOC (CINDOC), RESH, IN-RECH, Dialnet, e-spacio, UNED, CIRC, MIAR, FRANCIS, PIO, ULRICH'S, SUDOC, 2DB, ERIH (ESF).

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA
Madrid, 2015

SERIE I · PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA N.º 8, 2015

ISSN 1131-7698 · E-ISSN 2340-1354

DEPÓSITO LEGAL
M-21.037-1988

URL
ETF I · PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA · <http://revistas.uned.es/index.php/ETF1/index>

COMPOSICIÓN
Carmen Chincoa Gallardo
<http://www.laurisilva.net/cch>

Impreso en España · Printed in Spain



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

LA MURALLA DE CAUCA VACCEA

THE VACCAEAN WALL OF CAUCA

Juan Francisco Blanco García¹

Recibido: 23/02/2015 · Aceptado: 18/06/2015

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/etfi.8.2015.14105>

Resumen

El reciente descubrimiento de la muralla que protegió la ciudad vaccea de *Cauca* confirma las suposiciones que desde hace veinticinco años veníamos haciendo sobre el lugar en el que debía de estar situada y las características constructivas que hubo de tener considerando el tipo de materiales disponibles en el entorno natural del enclave, si bien no preveíamos que contara con un basamento de piedra, de lajas de pizarra y cuarcita. En este trabajo vamos a ofrecer un avance de las circunstancias en las que se ha producido el hallazgo y de las peculiaridades que posee en el marco de los sistemas de fortificación de las ciudades vacceas.

Palabras clave

Edad del Hierro; Vacceos; Muralla; Cauca; Duero medio; España.

Summary

The recent finding of the vaccaean city wall of *Cauca* confirm our suppositions from many years ago about the place in which was situated, at the south-southwest of the city, and the construction materials that were used, mud-bricks, but the newness element is the use of stone at the foundation of the building. In this paper we are going to make a preliminary study about the technical characteristics of this public construction in relation with another vaccaean city walls.

Keywords

Iron Age; Vaccaeii; Wall; City of Cauca; middle Duero Valley; Spain.

1. Departamento de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid. Ciudad Universitaria de Cantoblanco. 28049-Madrid. España; paco.blanco@uam.es

1. INTRODUCCIÓN

Siendo Coca una población de las más antiguas del valle del Duero, con casi tres mil años de existencia ininterrumpida, quizá el episodio histórico más conocido que en ella tuvo lugar fue el de su asalto y posterior destrucción por parte de las legiones de Lucio Licinio Lúculo en el año 151 a. C. (Appiano, *Iber.*, 51 y 52). En ningún manual que trate con un poco de detenimiento la conquista de Hispania por Roma suele faltar un epígrafe o, cuando menos, un párrafo a él dedicado. En la actividad arqueológica que desde hace décadas venimos desarrollando en Coca, esto se traduce en tres hechos. En primer lugar, en nuestro afán por hallar indicios relativos al lugar en el que el general romano situó exactamente su campamento. En segundo lugar, en el empeño que, desde nuestras primeras excavaciones allá por los años ochenta del pasado siglo, hemos venido poniendo en identificar el nivel de destrucción generalizada que tal enfrentamiento hubo de provocar. Finalmente, en descubrir las murallas vacceas citadas por el escritor alejandrino. Sobre lo primero, y aunque no muchos aún, indicios sí tenemos ya (Blanco García, e. p. a.). Sobre el segundo aspecto, en varias excavaciones efectuadas en el casco antiguo de Coca durante aquellos años ese nivel de destrucción se manifestó de manera evidente y con la potencia estratigráfica que cabía esperar, al igual que el provocado por la destrucción llevada a cabo por Pompeyo Magno en el año 74 a. C. (Blanco García, 1988: 49; *Id.*, 2001: 53-54, fig. 7). Pero la localización de la muralla se nos seguía resistiendo hasta hace tan sólo unos meses.

Cuando en 1984/1985 escribí la Tesis de Licenciatura, con la escasa información que por aquel entonces tenía sobre la extensión que pudo haber alcanzado *Cauca* vaccea hacia comienzos del siglo II a. C., a la que creía circunscrita al terrazgo de Los Azafranales por dar crédito a las apreciaciones que en 1928 había realizado A. Schulten, planteé la posibilidad de que su muralla discurriera entre la antigua iglesia de San Nicolás y el castillo mudéjar, cerrando un espacio de unas ocho hectáreas de extensión (Blanco García, 1987: 24, mapa I, punto 3). Tan sólo dos o tres años más tarde, y como consecuencia de las excavaciones practicadas a partir de 1987 en pleno casco antiguo, pude comprobar que esa idea era errónea, que *Cauca* había alcanzado una extensión cercana a las 20 hectáreas (hoy sabemos que realmente llegó a las 25/26), y que la muralla que le daba protección hubo de estar situada bastante más al sur de la zona indicada, pues construcciones domésticas de los siglos III y II a. C. aparecían en diferentes puntos del Barrio del Hospital e incluso en las inmediaciones del Instituto de Enseñanza Secundaria. Además, con presencia del nivel de destrucción generalizada que, por la cronología de los restos muebles asociados –cerámica sobre todo–, podía vincularse con la campaña de Lúculo. Con esos datos concluyentes y las peculiaridades topográficas que el casco viejo de Coca presenta en su límite sur-sureste, ya era evidente que la muralla vaccea citada por Appiano, e indirectamente por Frontino (*Strat.*, II, II, 2), debía de discurrir a lo largo de la línea de cumbres que por dicho flanco han labrado dos arroyos hoy canalizados: el que desde la medieval Puerta de la Villa recorre en antiguo campo de fútbol municipal y desagua en el río Voltoya, en el paraje denominado El Cañuelo, y aquel otro que desde ese mismo punto de inicio desagua en el Eresma tras haber

recorrido la zona deprimida de La Alameda (Figura 1). Sólo faltaba que se presentase la oportunidad de intervenir arqueológicamente en algún punto de esa línea de cumbres para despejar la duda de si estábamos en lo cierto o equivocados, algo que se empezó a atisbar en 2011 y en 2013, y que se ha visto plenamente confirmado en julio de 2014: la muralla vaccea de *Cauca* está donde desde hace veinticinco años suponíamos que debía de estar. Lo que nos ha sorprendido es que en la zona en la que ha aparecido se conserve un lienzo nada menos que de unos 25 m de longitud, de los que hoy sólo están visibles casi 17 m. Para ser más exactos, 16,70 m.

2. ANTECEDENTES Y CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

El lienzo de muralla que ha salido a la luz a mediados del mes de julio de 2014, del que dimos una noticia preliminar hace tan sólo unos meses (Blanco García, 2014a), constituye el último eslabón de una cadena de acontecimientos y actuaciones que se remontan al año 2007, pero lo importante es que se trata del eslabón definitivo, pues ha permitido identificar, ya sin ninguna duda, la muralla con la que estuvo protegida *Cauca vaccea*.

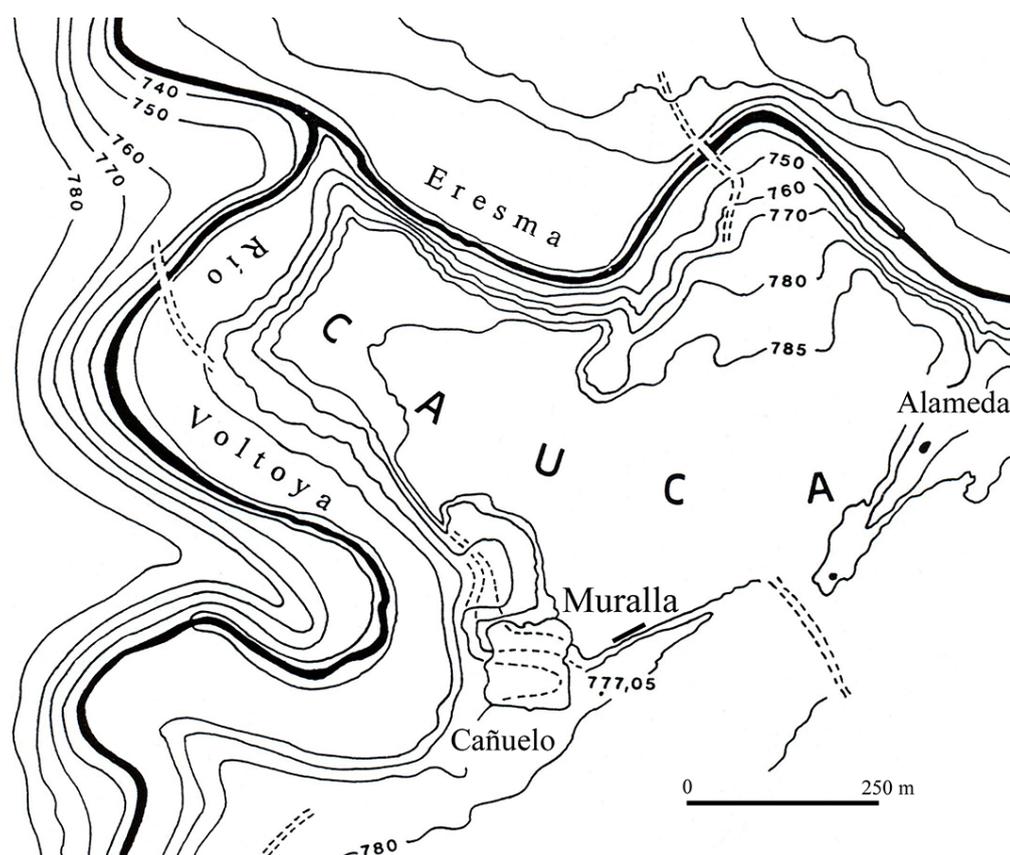


FIGURA 1. MAPA TOPOGRÁFICO DE CAUCA, CON INDICACIÓN DEL TRAMO DE LA MURALLA VACCEA EXHUMADO ENTRE 2011 Y 2014 (DIBUJO, EL AUTOR).



FIGURA 2. CORTE MECÁNICO REALIZADO EN 2011. 1, ARENAS NATURALES; 2, POSIBLE FONDO DE CABAÑA O NIVEL DE OCUPACIÓN QUIZÁ DEL HIERRO ANTIGUO; 3, TIERRAS CON ABUNDANTE MATERIA VEGETAL; 4, TIERRAS SUELTAS REMOVIDAS POR LA MÁQUINA RETROEXCAVADORA CUBRIENDO LA PARTE INFERIOR DEL MURO DE ADOBES; 5, MURO DE ADOBES VACCEOS (MURALLA); 6, NIVEL DE REVUELTO SUPERFICIAL.

Como consecuencia de una tormenta que se produjo el día 25 de agosto de 2007, se produjeron importantes daños en el talud y el graderío del antiguo campo de fútbol de Coca, que se construyó en 1950 aprovechando la vaguada longitudinal que el arroyo que desagua en El Cañuelo y la erosión han labrado. Se trata, por tanto, de un campo de fútbol cuya planicie de base (el terreno de juego) está situada a unos 9 m de profundidad respecto de la superficie actual definida por el suelo de los Jardines Públicos y la calle Arturo Acosta, situada ésta frente a aquéllos. A los pocos días de la tormenta el Consistorio decidió emprender obras de reparación de las partes afectadas, aunque éstas se demoraron bastante más de lo previsto, pues hasta el día 30 de mayo de 2011 no fueron autorizadas por la Comisión Territorial de Patrimonio Cultural de Segovia.

Es en esta última fecha cuando también se autoriza llevar a cabo una actuación arqueológica de carácter preventivo por parte de una empresa privada de arqueología, con sede social en Segovia (Exp. N° OT-131/2011-II), fruto de la cual se redacta un informe técnico en el que se da cuenta "...de la constatación visual de una secuencia de distintos depósitos que no se caracterizan, fechan ni relacionan con la información disponible sobre la arqueología de Coca, ya que, al parecer, no se estudiaron con metodología arqueológica". Con esta extraña frase se despacha la descripción de una secuencia estratigráfica de la que, a poco que hubiera sabido sobre arqueología caucense quien la escribió, pues la bibliografía disponible es

ingente, algo podría haber concretado e identificado, y que al mismo tiempo indica de manera notoria cómo no se reconoció arqueológicamente nada de lo que en el corte mecánico aparecía.

Fue a finales de junio cuando, avisado de la considerable extensión del corte mecánico practicado (Figura 2), me acerqué a verlo desde el exterior de la obra y pude contemplar cómo se distinguía perfectamente un fragmento de muro construido con grandes adobes vacceos que ahora, tres años después, ya podemos decir con plena seguridad que formaba parte de la muralla de la Edad del Hierro. Al ser el tramo exhumado de tan escasa longitud, poco pudimos concretar. (Figura 2, 5). En aquella ocasión, ese tramo de pared de adobes lo fotografiamos varias personas ligadas a la investigación de la historia de Coca, entre ellas Felipe Rodríguez Martínez, Cronista Oficial de la Villa de Coca, Adolfo Rodríguez Arranz, estudioso de la toponimia comarcal, y Andrés Díez Herrero, aunque el objetivo de este último era estudiar la geología de Coca en relación con su arqueología (Díez, 2011: 44, fig. 5). Eran adobes y adobas –término este último con el que en la zona se denominan a aquellos que son de grandes dimensiones– indiscutiblemente vacceos, como decimos; unos de barro verdoso-amarillento y otros de tierra vegetal negra. Parecían pertenecer a una vivienda vaccea más de cuantas teníamos constatadas en excavación desde hacía décadas, si bien estaban en crudo, cuando lo habitual en Coca, como en otros enclaves vacceos, es que esos adobes estén afectados por el fuego, se encuentren quemados, presentando coloraciones anaranjadas y negruzcas, al menos los pertenecientes a las partes altas de las paredes, pues los de la base sí se suelen conservar en crudo debido a que la combustión no les ha afectado.

La parte inferior de esa pared estaba cubierta por tierras removidas que nos impedían ver la base de la misma, y bajo ellas aparecía una delgada capa de tierras grisáceas de entre 20 y 30 cm de potencia. Entre esta última y las arenas blancas naturales, arqueológicamente estériles, se podía ver lo que parecía ser un nivel de ocupación o bien el “fondo de una cabaña” de ciertas dimensiones, pues tenía unos 8 m de longitud, cuyo suelo era totalmente plano y estaba semiexcavado unos 40 cm en las arenas (Figura 2, 2). Al no habérsenos permitido acceder a la obra por el peligro que había de derrumbe del talud, no pudimos comprobar si en el corte afloraban materiales arqueológicos o no, pero como más adelante veremos, puede que la cerámica del Hierro Antiguo que hemos recuperado durante la documentación de la muralla esté en relación con esta formación arqueológica de época anterior a la misma. Nada tendría de extraño en este lugar un pequeño asentamiento o una cabaña aislada relacionada con la aldea soteña de *Cauca*, que se sitúa en el extremo occidental del terrazgo de Los Azafranales, a poco más de 500 m de aquí (Blanco García, 2002: 129-132; *Id.*, 2006a: 196-209, 276-277, 278-279, 324-327, 384-401, figs. 38-49; *Id.*, 2011: 74-80, fig. 2; *Id.*, 2014b: fig. 2), porque en varios puntos de los alrededores de ella hemos podido documentar la existencia de restos pertenecientes a pequeños asentamientos vinculados quizá a algún tipo de explotación puntual (*Id.*, e. e.: Cap. II).

Poco tiempo después de realizado el corte mecánico, en el hueco se hizo un cajeadado de hormigón de altas paredes para sobre él instalar las gradas de la zona baja del graderío, mientras la zona alta, aquella en la que eran visibles los grandes adobes,



FIGURA 3. VISTA DE UN TRAMO DE LA MURALLA, DESDE EL ESTE, ANTES DE LA INTERVENCIÓN, CON EL SOLADO DE HORMIGÓN LLEGANDO HASTA CONTACTAR CON LA BASE DE LA MISMA.

temporalmente se cubrió con tierra removida para evitar que se desprendieran parte de los terrenos que ocupan los Jardines Públicos.

En 2013, con una nueva partida presupuestaria, se reanudan los trabajos de acondicionamiento del graderío, se reabre el talud, se refresca, y vuelven a ver la luz los adobes, pero ahora el tramo es algo mayor. Es en ese momento cuando, considerando diversos elementos, tales como el lugar en el que topográficamente está situada la pared y las dimensiones de los adobes, muy similares a las que tenían las adobas de la recién descubierta muralla vaccea de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid), hecho que se produjo a finales de 2009 (Sanz Mínguez *et alii*, 2010; Sanz Mínguez *et alii*, 2011a, 2011b y 2014), surge la pregunta: ¿y si esa pared de adobes y adobas en crudo es parte de la muralla vaccea de *Cauca*?, pues cerca de esta zona debía de estar situada, ya que casas vacceas teníamos documentadas incluso junto a los Jardines Públicos y topográficamente era el lugar idóneo para levantarla por ser una línea de cumbres que siglos más tarde se aprovechó también para construir la muralla medieval. El cerramiento realizado por la parte superior de las gradas poco después dejó en suspenso la respuesta a esta pregunta de vital importancia no sólo para la historia de Coca, sino también para el conocimiento de los sistemas defensivos de las ciudades vacceas. De nuevo lo más prudente era esperar porque faltaba por instalar la mitad del graderío noreste y para ello sería necesario continuar seccionando el talud mecánicamente.

Esto ocurrió el 14/15 de julio. Se realiza un nuevo corte del terreno para preparar la instalación de una nueva batería de gradas –en esta ocasión a lo largo de 26,70 m–, y es cuando se secciona longitudinalmente un lienzo de 17 m de aquella pared

de adobes (Figura 3). Comprobando el nuevo corte con las fotografías tomadas en 2011, estaba claro que este lienzo contactaba físicamente con el que pudimos ver en 2011 y 2013, de manera que en este sector de la muralla vaccea se puede decir que se conservan nada menos que unos 25 m. En ambos extremos ésta se encuentra cortada por la obra que supuso la construcción de la muralla medieval. Cuando esta última se levantó, hacia el siglo XII (Blanco García, 1992a; *Id.*, 1994a: 237), los constructores toparon con la de la Edad del Hierro y lejos de desmantelarla por completo utilizaron algunos tramos como firme y refuerzo más seguro que las arenas naturales.

Durante quince días estuvo el corte mecánico a cielo abierto, pasando tan importante construcción prerromana totalmente desapercibida y a punto de ser sepultada para siempre por no haber podido ser reconocida por nadie, aunque bien es cierto que es necesario tener la vista acostumbrada a ver estructuras arqueológicas terreras para poder identificarlas como tales. La confirmación y reconocimiento de la construcción como parte de la muralla vaccea la pude hacer a mi llegada a Coca el día 1 de agosto de 2014, cuando, previo permiso del Sr. Alcalde, D. Juan Carlos Cabrero, a quien he de agradecer una vez más su cortesía, me acerqué al corte e identifiqué la obra de la que se trataba. Ya no había ninguna duda: era la muralla vaccea de *Cauca* mencionada por Appiano. A partir de ese momento comienzan las gestiones administrativas que desembocaron en la actuación llevada a cabo para documentarla científicamente. En esta labor, he de agradecer al Servicio Territorial de Cultura de Segovia, de la Junta de Castilla y León, y al arqueólogo territorial, D. Luciano Municio, la rapidez con la que actuaron para que se pudieran realizar los trabajos. En ellos, por otra parte, colaboró D. Carlos Sanz Mínguez y su equipo de *Pintia*, a los que deseo hacer expreso mi agradecimiento por su inestimable ayuda, así como a D. José David Sacristán y D. Joaquín Barrio por las sugerencias y apreciaciones que durante el proceso de documentación realizaron.

En esencia, el trabajo consistió en delimitar y aislar el lienzo de muralla respecto de los depósitos medievales y modernos que lo sellaban y cortaban por diversos puntos, refrescar el paramento de adobes para ver sus características y poderlos medir con seguridad, analizar el sistema de cimentación y obtener la documentación gráfica pertinente así como la mayor cantidad posible de materiales muebles embutidos en los adobes y adobas –básicamente fragmentos de cerámica–, para poder fechar el momento en el que fue construida.

3. LA INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA

El lienzo de muralla exhumado por la pala mecánica tenía una longitud de casi 17 m, como hemos señalado, si obviamos el hoyo medieval de algo más de 1 m de anchura que la rompe en dos tramos, el mayor de 11,70 m de longitud y el menor de 4 m. Es de suponer que, puesto que dicho hoyo parece ser de planta circular, como casi todos los que tenemos documentados en Coca, y son ya varias decenas, a tan sólo 50 ó 60 cm hacia dentro del corte mecánico efectuado, el paramento de adobes continuaría existiendo, por lo que la ruptura en dos tramos que provoca

está claro que es puramente circunstancial. Se conservaba hasta algo más de los 2 m de altura, estando formado por un basamento de lajas de pizarras y cuarcitas procedentes del *horst* herciniano de Bernardos - Santa María la Real de Nieva - situado a unos 18 km al sureste de Coca-, y una serie de hiladas de adobes y adobas en crudo que apoyan en aquél. Su orientación era oeste-suroeste este-noreste y había sido seccionado longitudinalmente en una zona muy próxima a su fachada externa, con lo que realmente la obra la estábamos contemplando desde la berma. Berma que, por otra parte, cuando nosotros llegamos ya había sido cubierta con una capa de hormigón que habría de servir de apoyo a las gradas que estaba previsto instalar en esta zona. Ante el extraordinario interés del hallazgo, se suspendieron los trabajos de colocación de las mismas para documentarlo. La intervención se desarrolló en varias fases:

- * Limpieza de la berma. Días después de que la máquina retroexcavadora practicara el corte mecánico, la superficie correspondiente a la berma se cubrió con una capa de hormigón armado de unos 30 cm de grosor que llegaba hasta la misma base de la muralla, como acabamos de referir. Esto impedía que pudiéramos estudiar con detalle la cimentación, por lo que el día anterior al comienzo de los trabajos fue necesario cortar la parte de la plancha de hormigón que contactaba con la estructura vaccea. En el extremo suroccidental se pudo despejar hasta 1 m de anchura, pero en el nororiental sólo 20 cm, ya que existía un pilote de apoyo. Pues bien, la primera tarea que se llevó a cabo fue limpiar toda esta superficie de los fragmentos de hormigón que quedaron sueltos después de haberlo cortado.
- * Delimitación del lienzo de muralla exhumado. Puesto que el corte mecánico realizado, de 26,70 m de longitud, mostraba no sólo la muralla vaccea seccionada, sino también una serie de niveles de relleno de épocas posteriores, se procedió a aislar aquélla de estas unidades estratigráficas para evitar cualquier tipo de contaminación a la hora de recoger el material cerámico que aflorase durante los trabajos. La tarea resultó fácil de hacer debido no sólo al contraste cromático existente entre los adobes arcillosos verde-amarillentos de la muralla y las tierras grises y negras de los niveles medievales y modernos de relleno y vertido, sino también a las diferencias de consistencia entre unas y otras formaciones arqueológicas, aquéllas de una solidez y dureza considerables y éstas tan sueltas y poco consistentes que con facilidad se desprendían.
- * Individualización de sectores de la muralla. Con el fin de distribuir el trabajo de manera racional entre quienes iban a participar en él, el lienzo mural se dividió en nueve tramos de 2 m de longitud cada uno, numerados de 0 a 8. En cada tramo trabajó una pareja de estudiantes, siempre bajo mi supervisión y la de Carlos Sanz Mínguez. Fuera de esta distribución quedaron los niveles de relleno asociados a la construcción de la muralla medieval que se extendían al noreste de la vaccea. Esta amplia zona de 9,70 m ya no se dividió en sectores porque en ella no se iba a trabajar dado su escaso interés, pues lo prioritario era documentar la muralla de la Edad del Hierro. A pesar de ello, sí

nos pareció conveniente aislar los rellenos medievales y modernos para que quedaran reflejados en la documentación gráfica que habríamos de obtener, de manera que pudimos distinguir tres Unidades Estratigráficas de manera muy clara: 002, 010 y 011. En cada una de ellas, los materiales arqueológicos que el corte mecánico había dejado al descubierto era de sentido común que se recogieran, aunque de ellos sólo nos ocuparemos, y muy superficialmente, en la descripción de las unidades estratigráficas que haremos en el epígrafe siguiente.

Por otro lado, puesto que la división en tramos de la muralla sólo tenía una finalidad práctica, como era la de distribuir racionalmente el trabajo, no tuvo repercusiones ni en la toma de datos ni en la recogida de materiales muebles, y cuando en las páginas que siguen hagamos referencias a ellos, sólo será con carácter descriptivo. Hubiera sido injustificable científicamente dividir en dos grupos los fragmentos cerámicos recuperados dentro de un mismo adobe sólo porque por su mitad pasa algo tan artificial como la línea que separa el campo de trabajo entre operarios.



FIGURA 4. TRABAJOS DE HOMOGENEIZACIÓN Y ALISADO DEL PARAMENTO DE ADOBES.

- * Proceso de refresco y reavivado del paramento de adobes. En esta fase se eliminaron las huellas dejadas por los dientes de la máquina retroexcavadora y se alisó el corte, de arriba hacia abajo, lógicamente. Previamente se roció todo el paramento con agua por aspersión para facilitar la labor, pero al ver que se embarraban las herramientas y se perdía parte de la visibilidad de las hiladas de adobes, se decidió hacer la limpieza en seco, más trabajosa pero más efectiva (Figura 4). De inmediato comenzaron a aflorar fragmentos de cerámica embutidos en ellos, todos los cuales se recogieron, por pequeños e insignificantes que fueran, ya que serían fundamentales para aproximarnos a la fecha de construcción.
- * Descarnado del zócalo de pizarras y cuarcitas y observación de su contacto con el nivel de base. Analizar el basamento de piedra y ver cómo apoyaba sobre el nivel de arenas naturales era una de las tareas más importantes a realizar, por lo que se limpiaron y descarnaron las lajas de pizarras y cuarcitas que soportaba el alzado de adobes, aunque en este descarnado profundizamos muy poco para no restar solidez al zócalo. Pudimos comprobar que las lajas estaban trabadas con arcilla, que se conservaban tres hiladas en unas zonas y cuatro en otras, hasta no más de 40 cm de altura, y que en algunos puntos bajo la primera hilada de piedra había adobas de nivelación. Durante este trabajo advertimos la presencia de varias madrigueras excavadas en un plano inclinado bajo esa primera hilada de piedra, así como, ya al exterior de la vertical de la muralla, algunos adobes quemados vacceos para los que creemos tener una explicación lógica, como luego veremos.



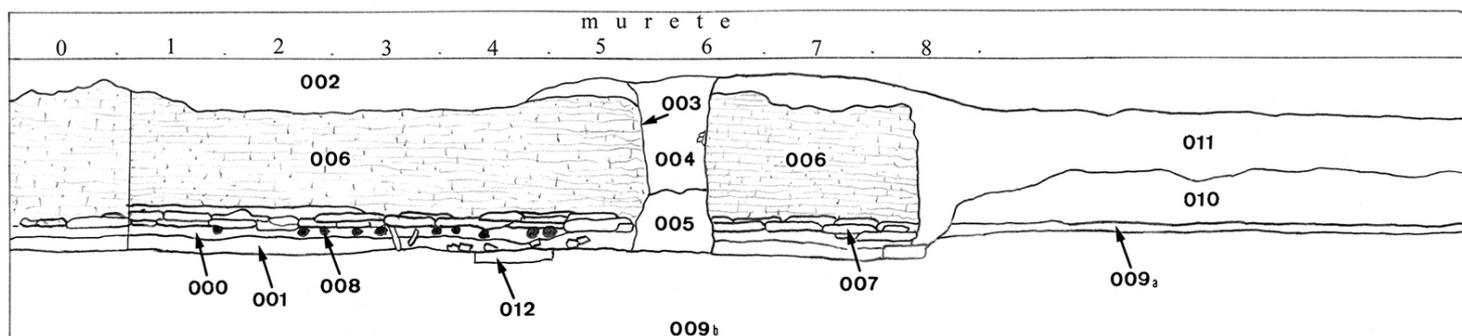
FIGURA 5. VISTA GENERAL DE LA MURALLA, DESDE EL OESTE-SUROESTE, UNA VEZ FINALIZADOS LOS TRABAJOS

Concluidos estos trabajos, el aspecto visual que de la muralla pudimos recuperar da una idea de la magnitud que hubo de tener la obra, máxime cuando se conservaba hasta una altura sólo la cuarta parte de la que creemos pudo haber tenido (Figura 5).

4. LAS UNIDADES ESTRATIGRÁFICAS Y LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS ASOCIADOS

A medida que se iban realizando estas labores, se fueron dando número y caracterizando las diferentes Unidades Estratigráficas, aunque no de techo a muro como se hace en una excavación, sino de manera un tanto indiscriminada porque a fin de cuentas de lo que se trataba era de organizar los materiales que fueran apareciendo durante la limpieza de cada una de ellas. En total se individualizaron trece (Figura 6), cuyas localizaciones, características y materiales arqueológicos recuperados detallamos a continuación.

ALZADO



PLANTA

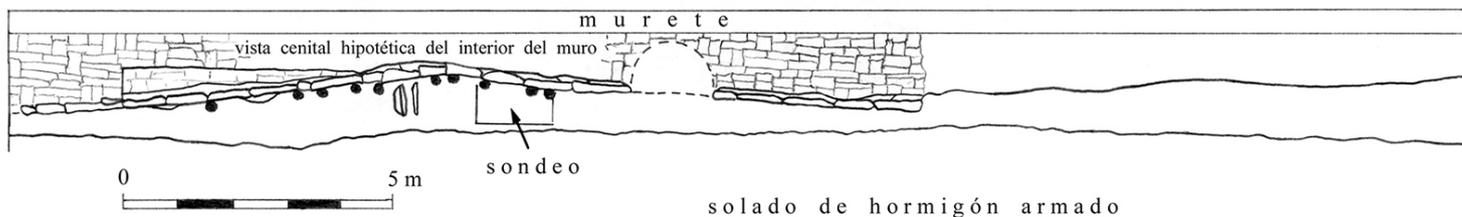


FIGURA 6. ALZADO Y PLANTA DEL CORTE DE 26,70 M REALIZADO POR LA MÁQUINA EXCAVADORA, CON INDICACIÓN DE LAS UNIDADES ESTRATIGRÁFICAS Y DE LOS TRAMOS EN LOS QUE SE DIVIDIÓ LA MURALLA (DIBUJO, EL AUTOR).

La UE 000 se extiende bajo el zócalo de pizarras y cuarcitas de la base de la muralla en los tramos más occidentales. Es arenosa, suelta, de color marrón claro y posee una potencia media de 20 cm. Se dispone sobre la UE 001 y bajo la 007. No ha dado muchos materiales, pero sí muy interesantes. Salvo un trozo informe de hierro y algunos restos de fauna, todo lo demás son fragmentos de cerámica

asignables a dos momentos cronológicos (Figura 7). Los más antiguos son galbos que pertenecen a vasos elaborados a mano, adscribibles a la *época de madurez* de la cultura del Soto de Medinilla. Los más modernos son bordes y galbos de cerámica vaccea, unos pertenecientes a vasos de cocina (ollas) y otros a recipientes finos de mesa. La mayor parte de estos últimos carecen de decoración pero algunos muestran pintura roja y negra: líneas, semicírculos concéntricos, algunas ondas colgadas y poco más. Las formas identificadas son cuencos, tinajillas y una especie de botella.

Bajo ella, la UE 001 abarca todos los tramos del trazado de la muralla en su base porque realmente es una formación con la que se niveló el terreno antes de comenzar la construcción. Físicamente es heterogénea, pues mientras en la zona occidental es arcillosa y posee una coloración verde-amarillenta similar a la de los adobes de la muralla, en la oriental es más arenosa y de coloración pardo-grisácea así como marronácea. En esta última se han podido identificar algunas adobas completas utilizadas en la nivelación. Se dispone sobre el nivel geológico arenoso UE 009b y bajo la 000 en unos lugares pero bajo la 007 en otros. Su potencia es variable: entre 15 y 25 cm.

Por su interés, conviene que nos detengamos en los materiales recuperados, que han sido abundantes (Figura 8). En primer lugar, son numerosos los fragmentos cerámicos pertenecientes a vasos fabricados a mano del Hierro Antiguo, soteños por tanto, la mayor parte de los cuales galbos, aunque también hay algunos bordes. El resto son fragmentos de cerámica vaccea modelada a torno de cocción oxidante, tanto para usos de cocina y almacenaje como de mesa, en ambos casos de pequeño tamaño. Pocos son los fragmentos de esta última clase que tienen decoración, pues únicamente contamos con uno que conserva una línea horizontal en pintura negra y otro con semicírculos concéntricos. Finalmente, decir que se han podido recoger también numerosos restos faunísticos pertenecientes, a primera vista, tanto a ovinos como a bóvidos y équidos (un molar). Parece lógico pensar que, antes de que se construyera la muralla, a esta zona del extrarradio del poblado fueran a parar basuras domésticas entre las que se encontrarían los restos de fauna referidos.

La UE 002 está formada por la tierra vegetal que sella la muralla y la delimita por la parte superior, constituyendo el suelo y sustrato de los Jardines Públicos de Coca. Tiene una potencia que va desde los 50 cm en su extremo occidental hasta 1,20 m en el oriental. Además de algunos restos faunísticos, de fragmentos de cal y de ladrillos macizos, los materiales cerámicos recogidos pertenecen a diversas épocas (Hierro I y II, romana, visigoda, medieval, moderna y contemporánea) como es habitual en estos niveles superficiales de Coca. A destacar tres fragmentos de cerámica soteña, varios más pertenecientes a vasos vacceos –uno de los cuales es una ficha tardovaccea con trazos de pintura negra colgando de una línea diagonal igualmente pintada–, un borde de sigillata perteneciente a una Hisp 29, una base de Hisp 27, un borde de plato de TSHT Palol 4, un fragmento de cuenco carenado visigodo de morfología muy común en Coca (Blanco García, 2003: fig. 40, 12) y, finalmente, varios fragmentos de época bajomedieval pertenecientes a dos jarras, una botella y un cántaro decorados con pinturas negras, anaranjadas y marrones. El conjunto tiene poco interés por ser material de revuelto.

La UE 003 es la estructura negativa de hoyo medieval que corta la muralla vaccea desde la misma base hasta su techo en el tramo 5. No es de paredes totalmente verticales, pues se ensancha en la zona alta pero sobre todo en la base. Se dispone debajo de la UE 002, corta las UUEE 006 y 007 y está rellena por las UUEE 004 y 005. En Coca, estos hoyos medievales habitualmente se practican para extraer la piedra de los zócalos de las construcciones romanas y una vez hecho esto se cubren con escombros y basuras. En este caso, se ha profundizado hasta el zócalo pétreo de la fortificación vaccea, por lo que ha roto la estructura de adobes, habiendo conseguido extraer parte de las lajas del mismo. Al haber sido seccionado el alzado de este hoyo al completo, esto nos ha permitido clasificarlo morfológicamente como perteneciente a los hoyos de tipo pozo, lo que significa que su sección transversal es más o menos circular, de lo cual se deduce que a sólo 50 ó 60 cm hacia su interior se continúa el paramento de adobes vacceos. De hecho, inicialmente se pensó vaciar el relleno de este pozo (UUEE 004 y 005) para conectar los dos tramos de la muralla y de este modo completar todo el recorrido del lienzo, pero abandonamos la idea porque con ello corríamos el riesgo de que se precipitase parte del murete de los Jardines Municipales. En su techo esta UE corta el extremo occidental de la UE 011.

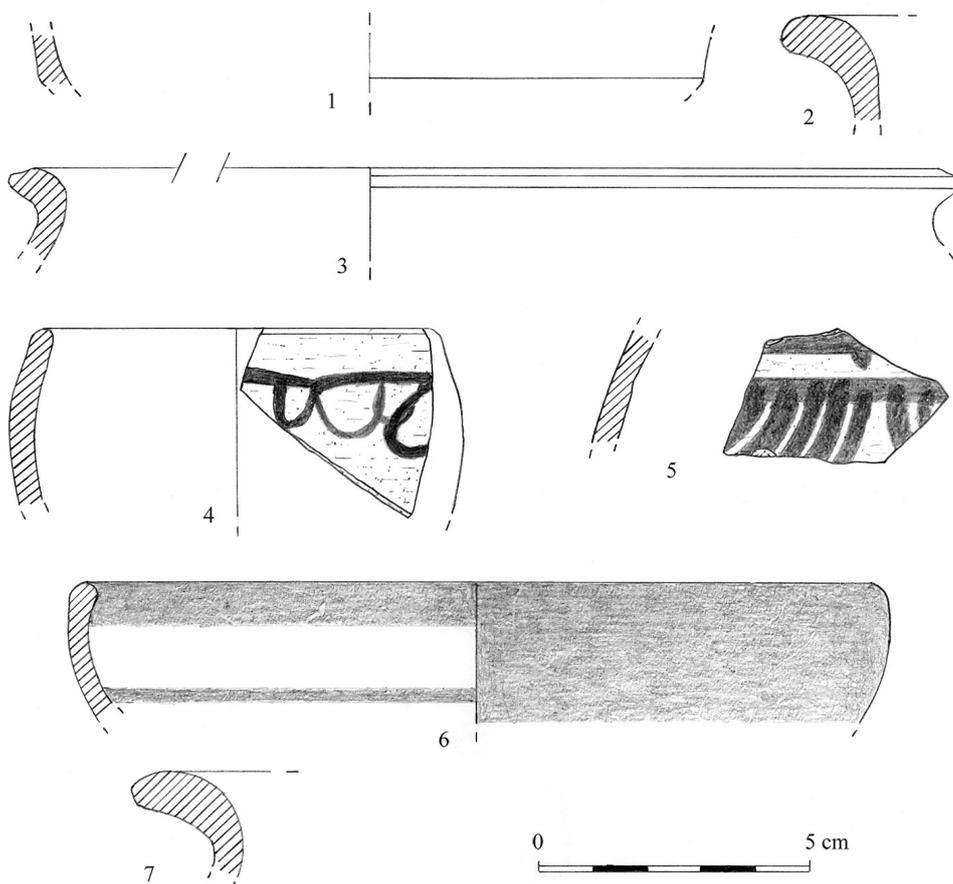


FIGURA 7. SELECCIÓN DE MATERIALES CERÁMICOS DE LA UE 000 (DIBUJO, EL AUTOR).

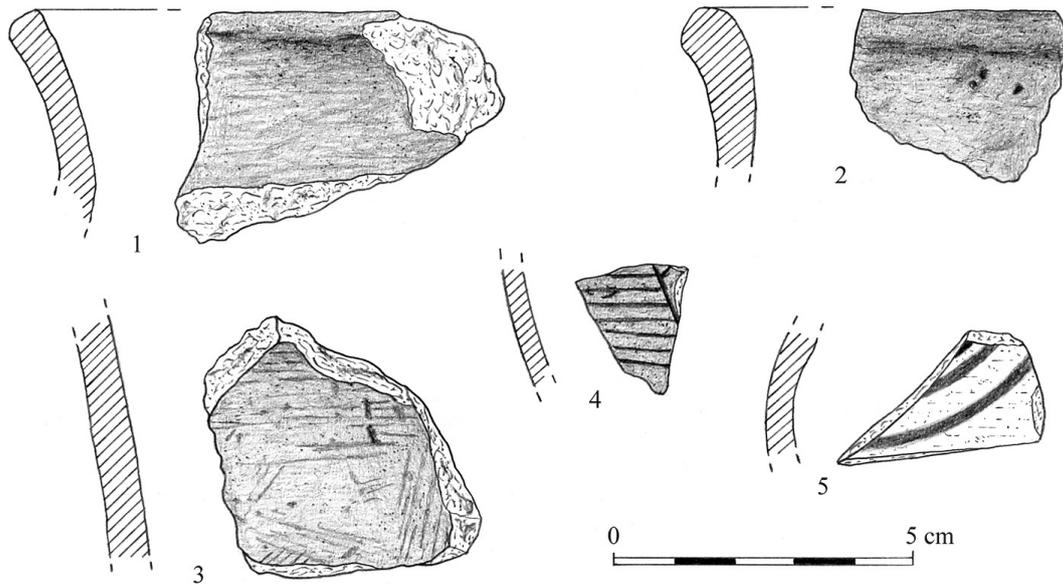


FIGURA 8. SELECCIÓN DE MATERIALES CERÁMICOS DE LA UE 001 (DIBUJO, EL AUTOR).

El relleno superior del hoyo medieval UE 003 constituye la UE 004, y está formado por tierras grises muy sueltas con abundantes trozos de pizarras y cuarcitas, pero ha dado poco material cerámico. Los recogidos fueron sólo cinco fragmentos: un borde de cuenco vacceo de tipo bol con dos líneas de pintura negra paralelas que recorren el exterior del vaso y otra que lo hace por el borde interno, un fragmento de borde de olla en cerámica común, dos galbos más de este tipo de recipiente y, finalmente, un arranque de asa perteneciente a una botella medieval recubierta con pintura anaranjada. Se dispone sobre el relleno UE 005 y bajo el nivel superficial UE 002. Tiene una potencia máxima de 1,85 m.

Por su parte, el relleno inferior del hoyo medieval UE 003 constituye la UE 005. Son tierras de tonalidad verdosa por estar muy mezcladas con arcillas de los adobes de la propia muralla vaccea, ya que al excavar el hoyo las gentes medievales dismantelaron parte de la muralla y tras obtener la piedra del basamento rellenaron con el mismo material que previamente habían extraído. Es de escasa consistencia, aunque mayor que la que posee la UE 004. Su potencia oscila entre 70 cm y 1,20 m, y al haber roto la base pétrea de la muralla, su profundidad alcanza hasta el techo de la UE 009a. En el corte no se ha advertido que aflorasen materiales cerámicos ni de ningún otro tipo.

La UE 006 es el paramento de adobes y adobas que constituye la parte principal de la muralla vaccea documentada. En la zona más alta se conserva hasta los 1,83 m (tramos 0 y 1) y en la más baja hasta los 1,70 m (tramos 3 y 4), alturas a las que hay que sumar las del zócalo de piedra UE 007 para obtener las dimensiones totales del alzado de la muralla que se ha conservado. En la sección longitudinal ahora documentada, la existencia del hoyo medieval referido en los párrafos anteriores ha dividido en dos partes el lienzo, pero esto es puramente accidental, pues con

seguridad a 50 ó 60 cm hacia el interior de dicho hoyo, pues su diámetro es de tan sólo 1 m, el paramento ya es un *continuum*, como ha quedado dicho. Esto quiere decir que el paramento visible en esta zona es de 17 m de longitud, pues en su extremo occidental continúa unos 8 m más, como pudo verse en 2011 y 2013, pero en estos momentos ya no están visibles al encontrarse cubiertos por las gradas que se instalaron en la primera fase de la obra.

Está formada por hiladas de adobes y adobas de diferentes materiales: arcillas, margas grises-verdosas, tierra vegetal negra e incluso masas arenosas con poca arcilla. No hay un patrón de caja para la fabricación de los adobes y adobas, pues varían mucho sus dimensiones. Hay adobas de hasta 87 cm de longitud y otras que se quedan al borde de los 60 cm, siempre con unos grosores de en torno a 8/9 cm. Sus anchuras las desconocemos a ciencia cierta porque si algunas de ellas han sido colocadas a tizón, lo que parece muy lógico, podrían confundirse con las longitudes de los adobes. Éstos, por otro lado, aunque son de dimensiones más regulares, también muestran mucha variabilidad, ya que poseen entre 36 y 45 cm de largo, entre 19 y 25 cm de ancho y grosores que van desde 7 a 10 cm.

Por otra parte, la colocación de estas unidades constructivas tampoco sigue un patrón fijo, ya que se disponen tanto a soga como a tizón de manera indiscriminada. Y como hay mucha variedad de adobes y adobas en cuanto a medidas, las hiladas que con ellos se han formado no son del todo horizontales. Se puede decir que no son hiladas niveladas a cordel, ni mucho menos. Esto ha obligado a los constructores de la muralla de *Cauca* a hacer compensaciones y correcciones en diferentes puntos. Por otra parte, tampoco hay homogeneidad en la anchura de las juntas que unen unos adobes con otros, variando éstas desde 1 cm de grosor a unos pocos milímetros, e incluso en algunos casos parecen no existir.

En el refresco del paramento profundizamos 1 ó 2 cm con el fin de regularizar la superficie, pero también con la intención de obtener el mayor número posible de fragmentos cerámicos incrustados en los adobes, pues ellos nos iban a permitir aproximarnos al momento de construcción de la muralla. Como consecuencia de esto, se ha recuperado una buena cantidad de trozos de cerámica, si bien muchos de ellos son poco significativos a estos efectos. Al igual que en la UE 001, dentro de los adobes aparecieron numerosos fragmentos cerámicos del Hierro Antiguo, la mayor parte de ellos muy pequeños e insignificantes desde el punto de vista tipológico. También en cerámica a mano se han podido recuperar dos fragmentos con decoración “a peine”, del tipo hasta no hace mucho denominado Cogotas II. Sin embargo, los más abundantes han sido los fragmentos pertenecientes a vasos vacceos a torno, en su mayoría de pastas de colores anaranjados y rojizos por haber sido cocidos en atmósferas oxidantes, pero también hay algunos grises antiguos. Entre los primeros destacan varios bordes vueltos en voladizo pertenecientes a tinajillas propias de los siglos IV y III a. C., un borde de plato-tapadera también antiguo dentro de la evolución de la cerámica vaccea, otro de cuenco de tipo bol con semicírculos concéntricos colgados, un espeso borde de mortero de cronología antigua, un pie de copa, etc. De todo ello daremos cuenta detallada más abajo.

La UE 007 constituye el basamento de lajas de pizarras y cuarcitas, algunas de ellas recibidas con barro, si bien otras no lo parecen (Figura 9). Constituye la base



FIGURA 9. DETALLE DEL ZÓCALO DE LAJAS DE PIZARRAS Y CUARCITAS DE LA MURALLA.

de la muralla y se extiende a lo largo de todo el paramento de adobes documentado, sólo roto por el hoyo medieval. Apoya en las UUEE 000 y 001, sobre él se alza la UE 006 y debajo se excavaron las madrigueras UE 008. Tiene una potencia que oscila entre los 30 y los 40 cm, lo que significa que la altura máxima del lienzo de muralla exhumado (adobes + basamento de piedra) alcanza los 2,23 m. Las lajas más grandes oscilan entre 1,00 y 1,12 m de longitud, entre 40 y 50 cm de anchura máxima y 10/12 cm de grosor, mientras las más pequeñas tienen sólo entre 40 y 50 cm de longitud, entre 30 y 40 cm de anchura máxima y grosores que van desde los 7 a los 10 cm. El descarnado superficial de las piedras no ha deparado materiales cerámicos pero sí algunos pequeños trozos de hueso pertenecientes a roedores y aves.

La UE 008 son un conjunto de madrigueras/huras. Bajo el basamento de piedra, en los tramos 1-4, se han podido documentar varias madrigueras excavadas por conejos y liebres, a juzgar por los diámetros de sus bocas (Figura 5, inf.). También en el tramo 0 aparecían algunas, pero se decidió no vaciarlas porque materiales de interés no habían dado las vaciadas y lo único que hacíamos con ello era debilitar el basamento de piedra. Están excavadas en un plano inclinado, lógicamente, buscando las arenas naturales sueltas. Varias de ellas conectaban, como es también muy habitual. En total, se vaciaron diez, ninguna de las cuales dio materiales cerámicos, aunque sí pequeños fragmentos de hueso seguramente pertenecientes a animales muertos en su interior.

La UE 009a está formada por tierras negruzcas, húmicas, con abundantes nódulos de carbón y una potencia que oscila entre los 20 y los 30 cm. En algunos puntos se extienden por debajo de la UE 001, pero sobre todo bajo la 010 y sobre



FIGURA 10. LAS MADRIGUERAS (UE 008), EXCAVADAS BAJO EL ZÓCALO DE PIEDRA DE LA MURALLA.

las arenas UE 009b. También se puede ver cómo en algunas zonas penetra en las arenas en forma de pequeña bolsada, quizá como consecuencia de la existencia de algún árbol de época anterior a la muralla. Sin embargo, en otras, ya bajo la propia muralla, esta unidad ha desaparecido prácticamente por causa de la misma obra o de la erosión. También ha desaparecido en dos puntos concretos: en la base del hoyo medieval UE 003, bajo el relleno 005, y en la profunda excavación realizada para cimentar la muralla medieval junto al tramo 8. Aunque no muchos, algunos materiales cerámicos sí se han recuperado (Figura 11), todos de la Edad del Hierro, tanto de elaboración manual, soteños por tanto, como torneada, vacceos.

La UE 009b es el nivel geológico formado por arenas arcósicas del manto eólico (Díez, 2011: 44, fig. 5), muy sueltas y limpias, arqueológicamente estériles. Se disponen masivamente bajo las UUEE 009a y 001.

La UE 010 es un depósito masivo muy revuelto de época bajomedieval que está formado por fragmentos de adobes pertenecientes al desmantelamiento de un sector de la muralla vaccea y por tierras negras con abundante cal. Son materiales semicompactados por la presión de los depósitos superiores, pero todo muy removido. Se extiende de manera irregular por el tercio noreste de la estratigrafía exhumada, a lo largo de 9,40 m, y en su extremo oriental aparecen ya fragmentos de adobes vacceos quemados, de color anaranjado y negro que pertenecen no a la muralla, sino a un vertido de escombros quizá de una construcción vaccea posterior, seguramente doméstica, pero que han ido a parar ahí también en época medieval. Apoya en la UE 009a y sobre él se dispone la UE 011, teniendo una potencia que oscila entre los 50 cm y 1,20 m. En esta UE afloraban pocos materiales cerámicos,

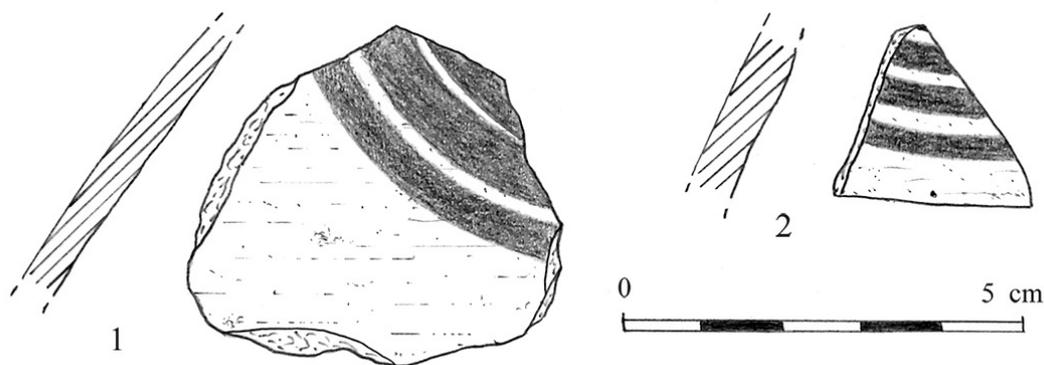


FIGURA 11. FRAGMENTOS CERÁMICOS VACCEOS CON SEMICÍRCULOS PINTADOS EN ROJO RECUPERADOS EN LA UE 009A.

pero los hay tanto bajomedievales como vacceos, estos últimos pertenecientes únicamente a recipientes de cocina y almacenaje.

El que no aparezca la estructura pétreo de la muralla medieval quizá se deba a que el lienzo que aquí hubo de existir (seguramente con alguna torre) fue destruido en tiempos recientes, como ocurre en muchos otros sectores de su trazado, en los que llegó incluso a dinamitarse la construcción (Blanco García, 1992a).

También de época bajomedieval es el depósito UE 011, formado por tierras negras muy sueltas, trozos de piedra y abundantes fragmentos de cal, todo ello vinculado de nuevo a la construcción de la muralla del siglo XII. En la estratigrafía exhumada, tiene una longitud algo superior a los 16 m y una potencia que oscila entre los 20 cm, en su extremo occidental, y los 2,70 m, en el oriental, pues llega hasta la misma base de la muralla vaccea. Puesto que se desprendía con facilidad, por seguridad no pusimos mucho empeño en recuperar una muestra importante de materiales cerámicos que fecharan con precisión este depósito. Los recogidos son exclusivamente de época romana y medieval. Entre los primeros destacan un borde de *dolium* y un fragmento de TSH perteneciente a una botella o una jarra quizá del siglo III d. C. Más interesantes son los medievales, pues además de varios fragmentos de cerámica pintada de los siglos XII a XV muy corrientes en Coca, hay un fragmento de jarra mudéjar de tipo Duque de la Victoria, de Valladolid (Moreda, Nuño y Rodríguez, 1986; Moratinos y Santamaría, 1991: 171, fig. 13, 1-3; Gutiérrez y Villanueva, 1998: 445-446; Villanueva, 2011: 98-100, fig. 4) y otro mudéjar también pero de origen andalusí, perteneciente quizá a una ollita de la Forma F.06 o F.07 de Retuerce (1998: 294-297), ambos de los siglos XII-XIII. En Coca la cerámica andalusí es extremadamente rara, por lo que este pequeño fragmento tiene una importancia documental considerable. Esta UE apoya en la 010 y sobre ella se encuentra la 002, ya de superficie.

La UE 012 es un nivel horizontal de tierras muy sueltas con abundantes cenizas, nódulos de carbón y trozos de adobes quemados que está situado sobre la berma y pegado a la muralla. Se dispone sobre los restos de la UE 009a, está cortado a sólo 30 cm de la base pétreo de la muralla por algunas de las madrigueras y desconocemos su extensión porque sólo se ha detectado en el pequeño sondeo de control de 1,40 x 0,70 m practicado en el centro del tramo 4 para ver la cimentación de aquélla. Tiene

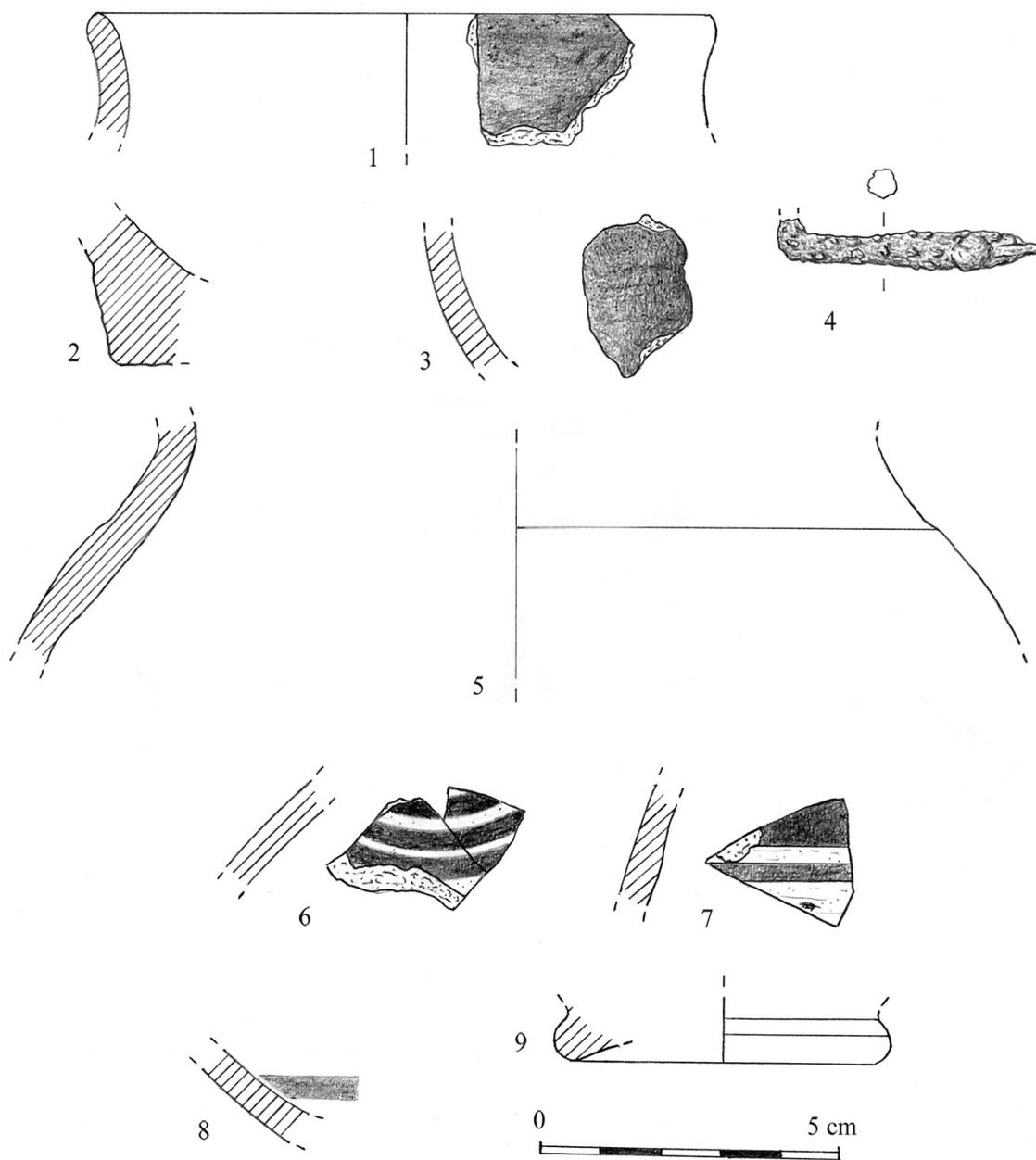


FIGURA 12. MATERIALES RECUPERADOS EN LA UE 012. 1-3, CERÁMICAS A MANO SOTEÑAS; 4, AGUJA DE BRONCE; 5, HOMBRO PERTENECIENTE A UNA TINAJILLA IBÉRICA IMPORTADA DEL SURESTE, DE LOS SIGLOS VI-V A. C.; 6-9, CERÁMICAS A TORNO, VACCEAS (DIBUJO, EL AUTOR).

una potencia que oscila entre los 15 y los 20 cm. Ha dado abundantes materiales cerámicos, tanto a mano (soteños) como a torno, vacceos sobre todo, pero uno de ellos de importación ibérica, así como una aguja de bronce perteneciente quizá a una fíbula (Figura 12, 4). De todo ello daremos cuenta más abajo.

Aunque es algo que ha quedado por resolver, parece que esta formación arqueológica no penetra bajo la muralla, sino que llega hasta su misma base, de

lo cual deducimos que se formó cuando ya estaba construida, quizá bastantes décadas después, como intuimos por la heterogénea composición física que tiene y los materiales que ha deparado. No obstante, al ser un estrato cortado por las madrigueras e identificado sólo en un espacio muy pequeño, debemos dejar su valoración abierta porque pudiera ocurrir algo parecido al caso observado en la muralla de El Soto de Medinilla (Valladolid), construida en la *época de plenitud* de la cultura que lleva su nombre, bajo cuyos cimientos se identificó un nivel de cenizas apelmazadas perteneciente a una fase de ocupación anterior (Palol, 1964; Palol y Wattenberg, 1974: 182).

5. LA MURALLA DE CAUCA VACCEA EN EL CONTEXTO DE LA EDAD DEL HIERRO DEL CENTRO DE LA CUENCA DEL DUERO. VALORACIÓN CULTURAL Y CRONOLÓGICA

La diversidad poblacional y cultural que se registra en el valle del Duero entre el siglo VI a. C. y el cambio de Era no la encontramos en ninguna otra región natural de la península Ibérica. El mosaico formado por los castros de la serranía norte de Soria y los celtibéricos en las tierras altas del este de la cuenca (Romero Carnicero, 1991 y 2003; Lorrio, 1997 y 2008; Jimeno, 2005 y 2011), los castros y *oppida* vettones del suroeste (Álvarez-Sanchís 1999, 2008 y 2011; Sánchez Moreno, 2000; Almagro-Gorbea, Mariné y Álvarez-Sanchís, 2001; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2011), los castros zamoranos y de Trás-os-Montes oriental (Esparza Arroyo, 1986 y 2011; Sanches, 1997), los de la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica (Peralta, 2000; Torres-Martínez, 2011) y los poblados soteños del centro de la cuenca en su momento de mayor desarrollo, muchos de los cuales con el tiempo habrían de transformarse en las grandes ciudades vacceas (Delibes, Romero y Morales, 1995; Romero, Sanz y Escudero, 1993; Delibes y Romero, 2011; Sacristán de Lama, 2010 y 2011), constituye una singularidad que no es posible reconocer en ningún otro espacio peninsular (Blanco García, e. p. b) y que incluso en la céltica europea resulta difícil encontrar. El grado de conocimiento que actualmente se tiene sobre cada uno de estos grupos es diverso también, y por lo que a los sistemas de defensa urbana se refiere, que es el aspecto que aquí nos interesa, se podría decir que el territorio y la época con más carencia de datos es precisamente el citado en último lugar, el de las tierras sedimentarias del centro de la cuenca, sobre todo en tiempos de la Segunda Edad del Hierro, esto es, el territorio de los vacceos históricos –y con esta expresión nos referimos a los que se pueden reconocer arqueológicamente desde inicios del siglo IV a. C.–, al cual pertenece la muralla caucense. Es en cierto modo paradójico que conozcamos mejor los sistemas defensivos de los poblados de la época inmediatamente anterior, los soteños, de no mucha entidad arquitectónica como corresponde a asentamientos de pequeñas dimensiones (2/2,5 hectáreas de media), que los de estos otros más avanzados, pertenecientes ya a auténticas ciudades, la mayor parte de ellas con extensiones en torno a las 25 hectáreas. A pesar de ello, y por lo que vamos viendo, tanto en materiales como en técnicas constructivas, las

murallas y, en general, los sistemas defensivos de las ciudades vacceas estaban ya plenamente definidos en la zona desde al menos el siglo VII a. C.

La construcción de murallas de adobe en poblados de la Edad del Hierro del centro de la cuenca del Duero se remonta, por tanto, a la *fase de plenitud* de la denominada cultura del Soto de Medinilla, aquella en la que ya se empiezan a reconocer arqueológicamente, aunque aún de manera un tanto difuminada, a los ancestros de los vacceos (Blanco García, 2014c). En muchos de esos poblados, generalmente en los más destacados, que son los que se localizan en lugares estratégicos de topografía ventajosa, se han documentado los restos de las murallas que tuvieron, a veces con dispositivos complementarios como empalizadas y fosos. La diversidad en cuanto a las dimensiones de las cercas, a la proporción entre adobes y piedra empleados, a la utilización o no de madera, etc., es una de sus notas más características, pues todo esto dependía de las materias primas predominantes en el entorno de cada núcleo, de la entidad demográfica que tuviera y del nivel de conflictividad que existiese en cada momento, entre otros factores. De este modo, y por citar sólo algunos ejemplos sobresalientes, la anteriormente referida muralla del Soto de Medinilla que documentó Palol a mediados del siglo XX (Palol, 1964; Palol y Wattenberg, 1974: 181-195) sabemos que era de adobes colocados “...planos y verticales” –aunque no se dieron datos sobre sus dimensiones–, tenía unos 2 m de anchura en la base y se levantó sobre zanja de cimentación. La del poblado zamorano de La Corona /El Pesadero, en el término municipal de Manganeses de la Polvorosa, era de adobes también, colocados en las caras externa e interna a soga y el interior sin un orden aparente, poseía basamento de bloques de cuarzo al exterior, con entre 4,5 y 5,8 m de anchura en su base y estuvo en pleno funcionamiento durante la última de las ocupaciones de la Primera Edad del Hierro, en la Fase Id (Misiego *et alii*, 1997: 23-25, lám. II, 2; Misiego *et alii*, 1998: 29-30; Misiego *et alii*, 2013: 207-214). La del castro leonés de Sacaajos, en Santiago de la Valduerna, de la que se han documentado 13 m de longitud, es de tapial, tiene entre 1,20 y 2 m de anchura en la base, se hizo una nivelación del terreno previa al comienzo de la obra y aparece recorrida en su cara interna por dos líneas de postes de madera, como ocurre con la del Soto de Medinilla (Misiego *et alii*, 1999: 56-59). Finalmente, la del salmantino Cerro de San Vicente es de tapial sobre basamento de piedra, tiene entre 2 y 3 m de grosor en la base y se calcula que se construyó entre los siglos VI y IV a. C. (Macarro y Alario, 2012: 21-23), fechas cercanas a las que se han estimado para la posible muralla de Cuéllar (Barrio Martín, 1999a: 154 y 175; *Id.*, 1999b: 44 y 47; *Id.*, 2012: 29 y croquis de p. 27; Blanco García, 2006b: 61-63).

Todo esto significa que la experiencia en la construcción de murallas básicamente de barro por parte de las comunidades soteñas de la *época de plenitud* (protovacceas) era sólida en el momento en el que damos por iniciada la Segunda Edad del Hierro. Y era sólida porque desde los mismos comienzos de la *fase formativa* del Soto ya se estaban levantando muretes de adobes en sus viviendas, como ha quedado demostrado en el undécimo nivel de ocupación del poblado “céltico” del Soto de Medinilla (Delibes de Castro, Romero Carnicero y Ramírez Ramírez, 1995: 156, fig. 2). De paso, esto demuestra una vez más que la técnica de fabricación y uso de adobes en la construcción no fue una aportación de los colonizadores fenicios,

como durante mucho tiempo se estuvo sosteniendo, sino que en la península Ibérica ya se conocía desde antes, pues se remonta a fases tan antiguas de la Prehistoria reciente como la Edad del Cobre (Moret, 1996: 194-200). Para el caso concreto de *Cauca*, desconocemos si la aldea soteña, ubicada en el extremo occidental de Los Azafranales, a unos 500 m al noroeste de la muralla ahora descubierta y que tuvo una extensión aproximada de unas 2 ó 2,5 hectáreas, dispuso de algún tipo de defensa (foso, entramado de materia vegetal), pero lo que no parece es que tuviera una muralla (Blanco García, 2014b: fig. 2). Al menos indicios hasta ahora no hemos hallado.

Centrándonos ya en la Segunda Edad del Hierro, de muchas ciudades y poblados vacceos conocemos con cierto detalle cómo eran sus viviendas, las construcciones anejas que algunas de ellas poseían, tramos más o menos largos de sus calles y callejones, pero no es mucha la información que se tiene sobre las murallas con las que estaban protegidas y, en general, sobre el complejo sistema defensivo del que disponían, pues además de la muralla muchas de ellas contaron con uno o varios fosos y, aunque aún no se tienen documentados en excavación, quizá en algunos casos pudieron haber dispuesto de campo de estacas puntiagudas hincadas, equivalente al de piedras hincadas de no pocos castros celtibéricos, vettones y astures meridionales (Romero Carnicero, 2003; Lorrio, 1997: 90-92; Esparza Arroyo, 2003; Álvarez-Sanchís, 2003: 37), pero cuyos restos difícilmente se pueden haber conservado hasta hoy.

Atendiendo al tipo de información con el que actualmente contamos sobre los dispositivos de defensa de las ciudades vacceas, éstas se pueden clasificar en tres grupos. El primero de ellos englobaría a todas aquellas ciudades cuyas defensas han sido identificadas a través de la fotografía aérea –a veces con magnetometría incluida–, pero al no haber sido objeto de excavación desconocemos aspectos tan básicos como son los relativos a materiales y técnicas con los que están construidas las murallas, anchuras concretas, altura hasta la que se conservan, si tienen torres o no, ubicación de las puertas, si tienen casas adosadas a su fachada interna o a lo largo de esta el espacio es diáfano, número de fosos, dimensiones de los mismos, etc. En este caso se encuentran, entre otras, Las Quintanas, en Valoria la Buena (Del Olmo y San Miguel, 1993: 519-522, fig. 4, láms. XIII y XIV; Del Olmo, 2006: 331-332, láms. XII y XIII), “La Ciudad”, en Paredes de Nava (Abarquero y Pérez, 2010: 172; Pérez y Abarquero, 2010: 31 y foto de p. 35; *Id.*, 2011: 86), *Pallantia*/Palenzuela (Del Olmo, 2006: 329-330, lám. XI), Vertavillo (Abarquero, 2014: 27), Castrojeriz (Del Olmo, 2006: 324-326, láms. VII y VIII), la zamorana *Albocela* (*Id.*, 2006: 333-335, fig. 4), y quizá Cuestacastro, en Mota del Marqués (Del Olmo y San Miguel, 1993: 511-513, fig. 1, láms. I-III), alguna incluso citada por los autores clásicos.

En segundo lugar, y como ejemplo único, pero excepcional, tenemos el caso de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel), cuyo trazado amurallado y foso conocíamos desde hacía años gracias a la fotografía aérea también (Del Olmo y San Miguel, 1993: 524-525, fig. 5, láms. XVII-XX; Del Olmo, 1999: 416-420, fig. 13; *Id.*, 2006: 316-318, fig. 1 y lám. I), pero han sido las excavaciones efectuadas por C. Sanz Mínguez en 2009 y 2010 las que han aportado todos esos datos métricos que nos faltan para conocer en profundidad los sistemas de defensa de las ciudades referidas en el párrafo anterior.

Son murallas que no aparecen citadas por los autores clásicos, pues las fuentes no recogen ningún hecho de armas ocurrido en ella durante la conquista (o si se produjo y se citó en algún texto, éste no nos ha llegado), pero que tienen una envergadura considerable (Sanz Mínguez *et alii*, 2010; Sanz Mínguez *et alii*, 2011a, 2011b y 2014).

Finalmente, tenemos casos como los de *Cauca* o Melgar de Abajo (San Miguel, Arranz y Gómez, 1995: 382, fig. 2), cuyas murallas no pueden ser detectadas mediante la fotografía aérea porque se encuentran bajo sus cascados urbanos actuales, pero sus restos –o indicios de ellos, al menos– han aparecido físicamente, bien al hacer remociones del terreno, como acaba de ocurrir en *Cauca*, bien en excavación, y por esta razón se puede decir que las tenemos parcialmente constatadas. De las murallas de estas dos localidades, la perteneciente a la primera es la que más datos nos suministra, como queda constancia en el presente trabajo.

Con independencia de la categoría a la que se pertenezca en cada caso concreto, que a fin de cuentas no es más que consecuencia del estado de la investigación y de factores exógenos, lo que es indiscutible es que prácticamente todos los núcleos urbanos vacceos contaron con un sistema de defensa complejo, generalmente formado por varios elementos. A veces sólo con foso –sencillo, doble o triple–, pero la muralla es el más común. Ésta suele ser de barro, al constituir la materia prima más abundante en la cuenca sedimentaria, madera –de la que se presume estaba hecho parte del parapeto que coronaba el muro terrero– y poca piedra para la cimentación y el zócalo, aunque la importancia de este tercer elemento dependería mucho de la zona concreta en la que se situaba cada ciudad. Al estar emplazados los núcleos vacceos en lugares en los que la topografía o el curso de un río permiten una fácil defensa, con proteger el flanco más vulnerable mediante un foso, una muralla o con ambos dispositivos, era suficiente. Esto es lo que explica que, por regla general, las vacceas no sean murallas perimetrales, sino sólo sectoriales. Ahora bien, aunque no es lo corriente, el flanco a proteger puede ser más de uno, en cuyo caso tendríamos varios tramos físicamente independientes, si bien desde el punto de vista constructivo es de suponer que fueran similares, por no decir idénticos.

En el caso de *Cauca*, cada vez estamos más convencidos de que además del amplio tramo de muralla que con cerca de 900 m de longitud protegía el flanco sur-sureste de la ciudad, que es el más vulnerable, hubo de tener un segundo tramo independiente para la protección del acceso noreste. El detallado análisis de la topografía, la segura existencia de un camino en ese punto que, tras pasar un puente seguramente de madera o un vado para atravesar el río Eresma, comunicaba con su barrio satélite de Cuesta del Mercado (Blanco García, 1994b), con la vega que se extiende a sus pies y con los núcleos urbanos del norte (Cuéllar, *Pintia...*), parecen sugerirlo. Nuevamente es cuestión de tiempo constatarlo arqueológicamente, pero el tramo que ahora nos interesa es el recientemente descubierto.

La muralla vaccea de *Cauca* se levantó sobre el nivel geológico natural, formado por arenas eólicas, arcósicas y subarcósicas (Díez *et alii*, 2002; *Id.*, 2011), pero antes de construirla se niveló el terreno en ciertas partes del trazado, e incluso para que la horizontalidad fuese mayor y más estable la obra se reforzó el firme arenoso en algunas zonas mediante la colocación de adobes y grandes adobas sobre las que luego asentarían las lajas de piedra del zócalo. Unos y otras son tanto de tierra vegetal

como de arcilla y greda, idénticas por tanto, lógicamente, a las unidades del alzado del muro al que luego nos referiremos, por lo que la coloración de este estrato (UE 001) es verde-amarillenta en unas zonas y pardo-grisácea en otras, no existiendo más que una sola hilada, en cualquier caso.

Los materiales cerámicos que en este estrato de nivelación se han recuperado pertenecen tanto al Hierro I como a los inicios del Hierro II (Figura 8), repartiéndose del siguiente modo:

FASE/TIPO CERÁMICO	FRAGMENTOS DE		FRAGMENTOS DE		TOTAL
	DECORADOS	CERÁMICA FINA	DECORADOS	CERÁMICA COMÚN	
Hierro I/Tipo Soto	0	3	1	11	14
Hierro I/II (Cogotas)	1	1	-	-	1
Hierro II/Tipo vacceo	2	9	0	13	22
Total	3	13	1	24	37

Respecto a los más antiguos, inconfundiblemente son de la *fase de plenitud* de la cultura del Soto de Medinilla. La mayor parte de los fragmentos –catorce en total–, son de pequeño tamaño, pertenecieron a vasos de elaboración manual cocidos en atmósferas reductoras y tienen escasa significación desde el punto de vista morfofuncional, pero cuatro de ellos se puede decir que sí poseen valor diagnóstico. Dos son bordes pertenecientes a ollas de cuello troncocónico (Figura 8, 1 y 2), el tipo de recipiente más corriente en cualquier yacimiento soteño; otro más es un galbo de olla también pero presenta la peculiaridad de que su pared externa ha recibido un tratamiento escobillado (Figura 8, 3), algo habitual en los equipos cerámicos soteños; y el cuarto es un fragmento de cuenco cuya pared externa ha sido decorada con técnica incisa (Figura 8, 4). Aun siendo pequeño este último fragmento, el esquema decorativo es reconocible, pues se trata de un friso de líneas incisas horizontales y paralelas entre sí –algo distanciadas unas de otras–, interrumpido por lo que parece un triángulo relleno de líneas paralelas en diagonal. Esta es una composición que, con variantes, se conoce relativamente bien en contextos que están a caballo entre el mundo soteño tardío y los inicios del Hierro II, entre el siglo V y pleno siglo IV a. C., como se puede comprobar, por ejemplo, en el nivel I, el fundacional, del Soto de Medinilla “celtiberizado” (Escudero, 1995: fig. 11, 2). En conjunto, estas cerámicas soteñas no creemos que procedan directamente de la aldea del Hierro I situada en el extremo occidental de Los Azafranales, la *Cauca* primigenia (Blanco García, 2014b: fig. 2), sino de algún pequeño asentamiento o cabaña situada en la misma zona en la que tiempo después se construyó la muralla y que quizá tuviera que ver con la explotación de algún recurso vinculado al arroyuelo que discurría a lo largo de la vaguada hoy convertida en campo de fútbol, como más arriba ya hemos señalado.

Los fragmentos de cerámica a torno recuperados en este estrato de nivelación, aun siendo más numerosos que los de fabricación manual, pues son veintidós, tienen menos significación desde el punto de vista tipológico y decorativo, aunque no cronológico. Tecnológicamente son muy característicos de las primeras fases de producción de la cerámica a torno vaccea, pues presentan irregularidades en sus superficies externa e interna fruto de un torneado aún dubitativo, las huellas de

los alisados interiores son fuertes, las paredes gruesas y alguno de ellos presenta la pared algo abizcochada. Sólo dos conservan restos de pintura roja, en uno de los cuales son semicírculos concéntricos los que aparecen (Figura 8, 5). Otro de los fragmentos singulares es una ficha recortada en un galbo de tinajilla. En contra de la idea de que las fichas en fragmentos de cerámica a torno se empiezan a fabricar en la denominada *época plena o clásica* vaccea, ya están presentes en los núcleos urbanos desde al menos mediados del siglo IV a. C. (véase, p. ej., Gómez Pérez y Sanz Mínguez, 1993: 356-358, fig. 10, 16).

Sobre este estrato de nivelación, aunque sólo en la parte occidental del trazado de la muralla, aparece otro de menor entidad, más arenoso (UE 000), cuyos materiales cerámicos también están fabricados a mano y a torno. Entre los primeros, que de nuevo nos remiten a la *época de plenitud* del mundo soteño si bien únicamente son cuatro fragmentos, destaca un galbo de cuenco con suave carena y superficies bruñidas (Figura 7, 1). Los cuencos carenados, lejos de ser característicos exclusivamente de la *fase formativa* del Soto, como hace años se creía, siguen estando presentes en la *plena*, quizá con carenas no tan aristadas, como vemos en este pequeño fragmento de Coca, pero nunca suelen faltar en conjuntos de esta fase avanzada.

Por lo que a los torneados se refiere, son veinte los fragmentos, trece de ellos pertenecientes a vasos de cerámica fina y siete a ollas de cerámica común (Figura 7, 7). El tipo de recipiente de cerámica fina mejor representado es la tinajilla, a la que pertenecen varios de los bordes hallados y algún que otro galbo (Figura 7, 2, 3 y 5), pero también hay fragmentos de cuencos (Figura 7, 4 y 6), algunos de los cuales están decorados con pinturas rojas y negras. La cronología de este conjunto cerámico está en la misma línea que la que muestra el recuperado en el estrato de nivelación ya descrito.

Siguiendo nuestra progresión hacia cotas más elevadas, y por lo que se refiere ahora al basamento de lajas de pizarras y cuarcitas, desconocemos si se extiende por todo lo ancho de la base de la muralla –que seguramente así es, en sus no menos de 5 ó 6 m que puede que tenga allí donde se conserve completo–, o sólo bajo su cara externa y quizá interna también, pero lo que sí hemos podido comprobar en el tramo 8 en concreto es que tras una laja externa asoma otra interna. En cualquier caso, las lajas no muestran indicios de haber sido trabajadas por alguna de sus caras o en sus bordes antes de ser colocadas. Están instaladas tal como se extrajeron del afloramiento rocoso, careadas, sin calzos de nivelación y, eso sí, unidas mediante barro (Figura 9).

Es un basamento, por otro lado, de poca altura (0,30/0,40 m) si lo comparamos con el que tiene la muralla de *Pintia* (1,30 m), pero esto no nos sorprende, de considerar las diferencias existentes entre una y otra población en cuanto a la lejanía o cercanía a la que se encuentran sus respectivas canteras de aprovisionamiento de piedra. En ambas ciudades la arquitectura doméstica es íntegramente de barro y madera, y la piedra se ha utilizado básicamente para dar estabilidad a determinadas partes de las infraestructuras públicas, como son sus murallas o, en otras poblaciones, sus calles. Esto es lo habitual en todos los núcleos vacceos del centro del valle del Duero. En Montealegre de Campos, por ejemplo, las casas también son de barro y madera, pero las calles están empedradas y cuentan incluso con aceras también de

piedra (Blanco García *et alii*, 2011). En Vertavillo (Palencia) algunas viviendas tienen un delgado cimientado de mampostería sobre el que se levanta la pared de adobes y tapial pero las calles cuentan con aceras de lajas de piedra, al menos en una de las zonas recientemente excavada (Abarquero y Palomino, 2006: 45 y 81, fig. 4 y lám. 1; Abarquero, 2014: 28-29).

En la muralla de *Cauca*, sobre el zócalo de piedra se levanta el alzado de adobes y adobas, dispuestos en hiladas más o menos horizontales (Figura 10). En los tramos 0 a 5 el máximo de hiladas conservadas es de 20 y el mínimo de 17, mientras que en los tramos 6 a 8 el máximo es de 20 también pero el mínimo sólo de 15. Como ya hemos indicado, los módulos de unos y otras son muy heterogéneos, lo cual nada tiene de extraño en la arquitectura vaccea: en todos los poblados en los que han sido documentados muros de adobes, una misma pared suele tenerlos de medidas diversas. En *Cauca*, sin ir más lejos, los adobes del alfar de mediados del siglo III a. C. que excavamos en 1989-90 (Blanco García, 1998) tienen módulos tan distintos que tuvieron que utilizarse cerca de diez tipos de adobera (*Id.*, 1992b: 36-37). Y en la campaña de 1999 en la que documentamos restos de varias viviendas vacceas, los adobes también mostraban un gran abanico de medidas (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: 88 y ss.). A pesar de ello, sí que hemos observado que en cada poblado algunas medidas se repiten más que otras, lo que indica que existe una cierta proclividad a fabricar unidades constructivas de cierto tamaño. En Vertavillo, por ejemplo, los más habituales son los adobes de 15/16 x 13/14 x 8/9 cm (Abarquero y Palomino, 2006: 81). En el referido alfar vacceo de Coca predominan los de los módulos 44/47 x 19/20 x 8/9 cm y 30/34 x 15/16 x 7/8 cm (Blanco García, 1991: 32), y algo parecido se observa en Cuéllar, donde los más repetidos son los de 42 x 22 x 7,75 y los de 28 x 14,5 x 8,5 cm (Barrio Martín, 1999a: 181; *Id.*, 1999b: 49). En el poblado de Las Quintanas, en *Pintia*, los adobes de 47 x 20 x 10 cm son los más corrientes (Gómez Pérez y Sanz Mínguez, 1993: 340) y, como último ejemplo, en la “Casa del Sótano” de *Rauda* los más numerosos tienen 20/22 x 11/12 x 9/10 cm (Abarquero y Palomino, 2012: 116).

De los adobes empleados en la muralla de *Cauca* sólo tenemos dos medidas, pues al estar seccionada longitudinalmente siempre nos falta la tercera, que en unas ocasiones es la longitud (cuando están colocados a tizón) y en otras la anchura (cuando lo están a sogá), nunca el grosor. Pero esta carencia la hemos podido subsanar fácilmente: de una muestra de cincuenta adobes medidos, estadísticamente se comprueba que los más repetidos son los que tienen 43/45 cm de largo por 8/9 de grosor, y aquellos otros que tienen 19/20 cm de ancho por 8/9 de grosor, de lo que fácilmente se deduce que el tipo de adobe más común en ella tiene 43/45 x 19/20 x 8/9 cm. También los hay más pequeños, de sólo 20/25 x 16/17 x 7/8 cm, pero son los menos abundantes. Este detalle nos ha hecho sospechar que, muy posiblemente, en la construcción de la muralla debieron de participar no sólo varones adultos, sino también mujeres, ancianos y niños, pues quizá fuesen estos tres últimos grupos de población los que manejaron las adoberas pequeñas. Esta, que no pasa de ser más que una mera hipótesis, está sustentada además en cómo se organiza el trabajo en sociedades conocidas desde el campo de la antropología, de similares características a como estimamos fue la vaccea.



FIGURA 13. DETALLE DE LAS HILADAS DE ADOBES Y ADOBAS.

En el caso de las adobas, más difícil resulta hacer deducciones métricas, ya que en total sólo hemos podido medir dieciocho unidades, que son las que mejor tenían definidos sus límites. Presentan una variabilidad mayor que los adobes en cuanto a sus longitudes, pues oscilan entre 58/59 cm y 86/87 cm, pero sus grosores son igual de homogéneos: de nuevo 8/9 cm. Obtener sus anchuras es impracticable, pues si algunas de ellas están colocadas a tizón, que seguramente así es, sus medidas se podrían confundir con las de longitud de los adobes grandes, por lo que preferimos no arriesgarnos y esperar a cuando podamos excavar la sección transversal de la muralla.

En el proceso de fabricación de los adobes seguramente se utilizaron adoberas de dos, cuatro y quizá hasta seis cajetines/unidades, aunque estas últimas requieren mayores esfuerzos para trabajar con ellas. Imaginar cómo se realizaba este trabajo a pie de obra no representa ningún problema. Pero ¿cómo se fabricarían las grandes adobas, que pueden llegar a tener hasta 87 cm de longitud? y ¿cómo se trasladarían y se colocarían en el muro sin que se fracturasen? La verdad es que lo desconocemos por completo. El único procedimiento que se nos ocurre, y que cuenta con paralelismos procedentes del campo de la antropología y la etnoarqueología, es que hubieran dispuesto de adoberas de esas dimensiones que se colocarían sobre tablas de madera independientes –pues nos consta cómo desde el Hierro I y en el II sabían fabricar tablas y tablones (Soto de Medinilla, *Cauca...*)–, y una vez depositada y nivelada la masa arcillosa se retirara la adobera para que el proceso de secado al sol se realizara

no sobre el suelo, como ocurre con los adobes, sino sobre las mismas tablas, las cuales después se usarían como soportes para trasladar y colocar las adobas en su sitio.

Unos y otras están colocados sin seguir un patrón fijo (Figura 13), rasgo este que tiene una larga tradición en todo el valle del Duero (Romero Carnicero, 1992), pues, como se recordará, en la muralla del Soto de Medinilla unos adobes se disponían en vertical y otros en horizontal (Palol y Wattenberg, 1974: 182), en La Corona/El Pesadero unos adobes se colocan a soga pero otros sin orden aparente (Misiego *et alii*, 1998: 29), en el Cerro de San Vicente tampoco se mantiene un orden fijo (Macarro y Alario, 2012: 42-43, lám. 17). Y como las medidas de estas unidades constructivas son variadas, las juntas de barro, que no sólo ejercen la función de unir las, sino también de conseguir una mínima nivelación de las hiladas, en unos casos pueden llegar a tener 1 cm de grosor pero en otros ser casi imperceptibles a simple vista. A pesar de todo, es evidente que no se ha puesto mucho empeño en que las hiladas fuesen del todo horizontales: a veces ocurre que en una misma hilada las diferencias de cota pueden llegar a ser de hasta 12 cm en tan sólo 3 m de distancia. Esto no quiere decir que quienes construyeron este paramento no supieran mantener la horizontalidad de las hiladas, pues, de nuevo, nos consta cómo sus antepasados soteños lo sabían hacer perfectamente –y estamos pensando en algunos muros pertenecientes a viviendas del propio Soto de Medinilla (Delibes de Castro, Romero Carnicero y Ramírez Ramírez, 1995: lám. VII) o de La Mota, en Medina del Campo (Blanco García y Retuerce Velasco, 2010: 79, foto sup.) –, sino que como se trataba de una construcción masiva, de gran espesor, su estabilidad estaba más que asegurada y poca trascendencia tenían tanto la horizontalidad de las hiladas como las diferencias métricas de los adobes y adobas, así como el modo en el que se colocaran. De paso, todas estas peculiaridades parecen estar indicando otro hecho: puede que la obra, al menos en este tramo, se hubiera realizado con cierta prisa.

La materia prima con la que se fabricaron los adobes y las adobas son de cuatro tipos: arcillas de diferentes calidades y colores, margas grises-verdosas, tierra vegetal negruzca y, sorprendentemente, arenas blancas mezcladas con algo de arcilla que haría las veces de aglutinante. Respecto a las dos primeras materias, muy abundantes en Coca, y por una cuestión de simple cercanía entre la obra y las fuentes de aprovisionamiento, seguramente se obtuvieron en los cortados del margen derecho del río Voltoya, en aquella época menos abruptos que en la actualidad. La arcillera pudo estar situada en cualquier punto de las inmediaciones del castillo mudéjar, donde el citado río corta con amplios meandros los depósitos terciarios y cuaternarios. La tierra vegetal lo más probable es que procediera del interior del poblado, aunque no podemos descartar que parte de la misma se obtuviera en el fondo de valle de la zona de arroyada que existía delante de la propia muralla. Finalmente, para las unidades ricas en arena, ésta debió de ser extraída del depósito masivo que existe por debajo de la muralla, aunque desconocemos de qué zona concreta. Es posible que, de considerar que delante de la muralla pudieron haber existido uno o dos fosos, en su excavación parte de las arenas extraídas se aprovecharan para fabricar estos adobes arenosos. En todos los casos, estamos ante adobes y adobas en los que no se ha empleado paja ni ningún otro tipo de aglutinante para darles más consistencia, y no es porque desconociesen la técnica, pues está bien documentada

en la zona desde siglos antes, en adobes de construcciones soteñas, sino que de nuevo creemos que es una cuestión de ahorro de tiempo y trabajo. Por otra parte, esta misma característica presentan los adobes de otras murallas de la Edad del Hierro, como la tantas veces citada de Manganeses (Misiego *et alii*, 2013: 208). Esta circunstancia, y lo señalado en los párrafos precedentes, redundando en esa idea ya apuntada: da la impresión de que, al menos por lo que a este lienzo de la muralla se refiere, lo prioritario era levantarlo cuanto antes, que la obra avanzase a buen ritmo, pues de ella dependía la seguridad de los caucenses. Desconocemos si esto, que no es más que una suposición, se produjo en un contexto de tranquilidad político-militar para *Cauca* o bajo la presión de algún hecho puntual, aunque ignoto por completo para nosotros porque, como más arriba hemos avanzado, la construcción hemos de remontarla a la segunda mitad del siglo IV o inicios del III a. C., y estas son unas fechas para las que no tenemos constancia escrita de enfrentamientos bélicos en la zona, aunque sí de destrucciones, no sabemos si puntuales o generales, gracias a la existencia de niveles de incendio muy localizados.

Podría ser también que esas peculiaridades de la obra respondan sencillamente a criterios de ahorro de tiempo y trabajo, tan característicos de las comunidades campesinas. Sea como fuere, lo que está claro es que lo importante para los caucenses era erigir un potente muro que protegiera a la población de las acciones bélicas y de los saqueos, tan habituales en la Iberia de aquella época (Quesada, 2001), y al mismo tiempo separara el espacio urbano del rural, con lo que casi sin querer tocamos un punto importante como es el del valor simbólico de la muralla para las comunidades de la Edad del Hierro, si bien en él no entraremos en este momento porque conviene seguir desgranando algunos aspectos físicos más de la construcción.

Y ahora toca referirse a la anchura y la altura que pudo haber alcanzado la muralla. Considerando que la de *Pintia*, la única contemporánea de la caucense y con datos concretos obtenidos en excavación hasta ahora, pues los datos métricos de otras ciudades vacceas detectadas por fotografía aérea están pendientes de comprobación arqueológica, tiene una anchura de 6,5 m en la base (Sanz Mínguez *et alii*, 2011a: 225), la muralla de *Cauca* debe de tener similar grosor, pero esto es algo pendiente de comprobación. Con esta anchura en la base, su altura no sería inferior a los siete metros, pudiendo alcanzar incluso los nueve, contando con el parapeto protector de los defensores que, sin duda, hubo de tener (Figura 14). Este parapeto pudo haber sido bien de adobes, bien de troncos de madera dispuestos a modo de empalizada, o bien de ambos materiales, pero la realidad es que poco podemos decir al respecto, a pesar del empeño que hemos puesto en buscar indicios entre los sedimentos y materiales depositados al pie de la muralla, sobre la berma. Lo más lógico es pensar que fuese de adobes y madera, más que de simples troncos, siempre fáciles de incendiar por un hipotético asaltante. Cuando en el año 74 a. C. Pompeyo incendia la muralla de *Pallantia* (Appiano, *Bel. Civ.* I, 112), ese incendio se debe de referir no a la construcción, que supuestamente era de barro y piedra también, sino al parapeto de madera que la coronaría.

Por la importancia que tiene, conviene que nos detengamos un momento en este aspecto. Puesto que no se ha conservado ninguna muralla prerromana meseteña hasta una altura suficiente como para poder documentar los anclajes en los que

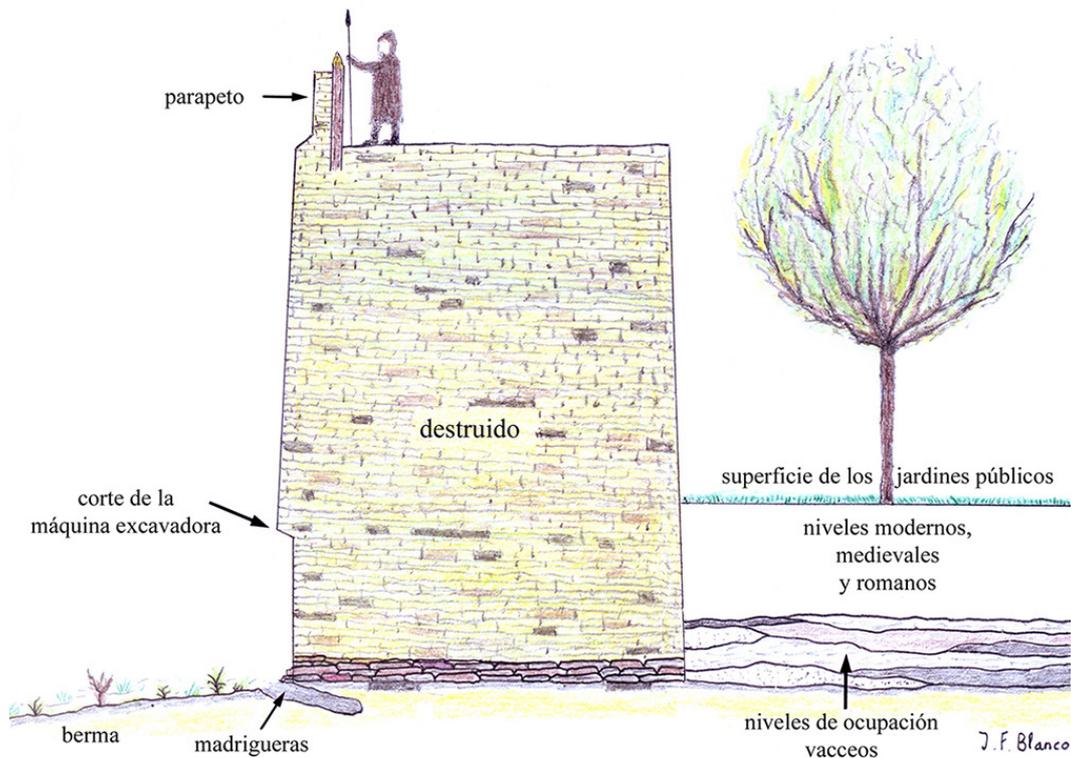


FIGURA 14. RECONSTRUCCIÓN HIPOTÉTICA EN SECCIÓN TRANSVERSAL DE LA ANCHURA Y ALTURA (CON EL PARAPETO) QUE HUBO DE TENER LA MURALLA, EN RELACIÓN CON LA PARTE EXTERNA SECCIONADA POR LA MÁQUINA EXCAVADORA Y CON LOS NIVELES ANTRÓPICOS ACTUALES (DIBUJO, EL AUTOR).

iban embutidos los supuestos troncos de madera que formaban el parapeto, aunque en alguna ocasión se hayan creído identificar –y estamos pensando en algunas murallas de piedra vettonas y celtibéricas–, y la existencia de éste nos consta sólo a través de algún autor clásico –indirectamente, como queda dicho en el párrafo anterior–, o del registro arqueológico, al documentarse fragmentos de madera carbonizados al pie de la fachada externa de la muralla que se cree se han precipitado desde arriba, se admite de manera generalizada que muchos de esos parapetos eran exclusivamente de materia lignea. Las recreaciones hipotéticas que se suelen hacer de los peraltes de murallas de importantes enclaves de la Edad del Hierro del interior peninsular como, por ejemplo, Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 1995: 216, fig. 4), Chamartín de la Sierra (Álvarez-Sanchís, 2007: 239, fig. 16), El Ceremeño (Cerdeño, 2005: fig. 1) o el alavés de La Hoya (Llanos, 1991: 110 y 112), así lo muestran. Sin embargo, este dispositivo era de una gran vulnerabilidad al poder ser fácilmente destruido desde larga distancia mediante flechas incendiarias –quedando así los defensores desprotegidos–, lo cual nos conduce a pensar si, en caso de ser de madera, ésta no estaría protegida externamente por barro, fuese un murete de adobes prolongación de la propia muralla, de tapial, o simplemente un grueso manteado de barro.

Durante la documentación de la muralla de *Cauca* nos ha extrañado ver al pie de la misma, sobre la berma, algunos fragmentos de adobes quemados, pero éstos pueden ser interpretados al menos de tres maneras: que se trate de un vertido de escombros de alguna vivienda vaccea anterior a la construcción de la muralla, pues esta era una zona de suaves cárcavas y en *Cauca* las escombreras vacceas las tenemos constatadas en las cárcavas existentes en diversos puntos perimetrales del poblado; que esos adobes pertenecieran a la zona alta de la muralla y de alguna forma, cuando la construcción ya estaba arruinada, se vieran afectados por el fuego, se cocieran y cayesen a la base de la muralla; o que, efectivamente, correspondan al revestimiento externo de una hipotética estructura de madera y al quemarse ésta cociera los adobes, se resquebrajaran y se precipitaran a la berma.

Al excavar en la berma una pequeña cata para observar cómo apoyaban las lajas de piedra en el sustrato geológico, tuvimos la suerte de documentar bajo una capa de arcillas crudas apelmazadas entre las que se veían algunos fragmentos de adobes quemados, un nivel de tierras muy cenicientas de entre 20 y 30 cm de potencia (UE 012) con abundantes nódulos de carbón, en el que seguían apareciendo más trozos de adobes quemados. Esto significa que la primera hipótesis, la de que los adobes pertenecieran a un vertido de escombros previo a la construcción de la muralla, hemos de descartarla porque debería tener más entidad física y, además, contener materiales propios de un vertido doméstico, de un basurero, y no era así. La segunda podría ser más plausible, si bien no acertamos a pensar con qué intención se pudo llevar combustible sobre una pared de adobes ya inservible. Y aquí entra la tercera posibilidad, que es la que nos parece más verosímil: que tenga que ver con la destrucción del remate de la muralla, que sería de troncos de madera clavados en la estructura de adobe pero protegidos en su cara externa por un murete de adobes para impedir que fueran incendiados por posibles atacantes. El parapeto de madera ardería, se cocerían y quemarían los adobes protectores y todo ello se precipitaría a la base de la muralla, a la berma. Lo único que no casa con esta idea, y bien es cierto que evidencias hemos tratado de encontrar, es que si los adobes del parapeto tuvieron que ir adosados a la hipotética estructura de madera mediante barro para formar un todo solidario, improntas curvilíneas de los troncos y palos habrían quedado en algunos fragmentos de barro quemados, pero lamentablemente nada de esto hemos podido constatar. También es cierto que el número de fragmentos de barro quemado que hemos revisado ha sido escaso y la cata practicada muy pequeña, pero este es otro de los aspectos que han quedado pendientes de ser aclarados. Tampoco casa con esta idea el que no haya grandes trozos de madera quemada, sino que son fragmentos de no más de uno o dos centímetros de largo por otro tanto de anchura junto a otros muchos diminutos ya. Ciertamente es que con el transcurso de los siglos la madera quemada se comprime mucho por efecto del peso de los sedimentos, pero también es cierto que en el alfar vacceo que excavamos en 1989-90 pudimos recuperar fragmentos de ramas quemadas de hasta un metro de longitud que se utilizaron como combustible, aunque éstos sólo estaban a unos 60 cm de profundidad respecto de la superficie actual, no a 3 m como en el caso de nuestra muralla.

Los fragmentos cerámicos que ha dado esta UE 012 son, al igual que los de las UUEE 000, 001 y 006, de amplia cronología, pues van desde el siglo VII al IV a. C. Varios de ellos pertenecen a la fase de *plenitud* del Soto (Figura 12, 1-3), otros son vacceos a torno con decoración pintada en su mayoría (Figura 12, 6-8), y uno de ellos pertenece claramente al hombro de una tinajilla importada del sureste ibérico, un tipo de producción muy característica de los siglos VI-V a. C. que se distingue por el tipo de pasta amarillenta o rosada clara en el que está fabricada y por estar decorado con pinturas de color rojo vinoso, aunque este fragmento en concreto carece de pintura (Figura 12, 5). Fragmentos cerámicos pertenecientes a este tipo de producciones ibéricas antiguas del sureste son relativamente corrientes en *Cauca* (Blanco García, 2006a: 431-439, fig. 40; *Id.*, 2014c: 60, foto sup.) y en el castro de la Cuesta del Mercado (*Id.*, 1994: fig. 11; *Id.*, 2006a: 431-439, fig. 51), por lo que nada tiene de extraño en esta UE 012. También hemos podido recuperar en este estrato una aguja de bronce perteneciente seguramente a una fíbula, aunque está muy deteriorada (Figura 12, 4), y un fragmento de arcilla escorificada de color azul cobalto que podría ser indicio de que en *Cauca* se estaba fabricando pasta vítrea en estos momentos.

Pasando a otro asunto, aunque no lo hemos podido comprobar arqueológicamente en esta ocasión porque la cara externa de la muralla, si se conservaba, ha sido literalmente arrancada por la retroexcavadora hasta una profundidad que estimamos en 40 ó 50 cm, es posible que la estabilidad de la misma se viera reforzada por el carácter ataludado que presumiblemente hubo de tener, algo que es muy característico de la mayor parte de las murallas del valle del Duero tanto de la Primera como de la Segunda de la Edad del Hierro (Romero Carnicero, 1991: 204; Lorrio, 2008: 584; Álvarez-Sanchís, 1999: 133). Con las paredes ataludadas se trataba de impedir que se produjeran derrumbes, pero esto no dejaba de entrañar cierto peligro porque cuanto más inclinada estuviera, y ahora nos referimos a la exterior en concreto, más posibilidades tenía cualquier hipotético asaltante de poder escalarla. Recordemos cómo en *De Viris Illustribus* (III, 58) Aurelio Víctor refiere que Escipión consiguió escalar la muralla de la vaccea *Intercatia*. Bien es cierto que al señalar el autor latino que esto lo hizo el gran Escipión como una más de sus hazañas, lo de escalar una muralla no debía de ser nada fácil, porque antes de llegar al pie de la misma era necesario salvar uno o varios fosos y quizá algún que otro dispositivo complementario de defensa urbana más, todo ello sorteando el fuego de los defensores.

Al hilo de esto último, *Cauca* debió de contar con algún foso también, no sabemos si uno, dos o tres como en el caso de *Pintia*, pero tarde o temprano estamos convencidos de que las evidencias aparecerán, previsiblemente allí donde la base de la muralla enrasa con la llanura que tiene delante, que es en la zona de la medieval Puerta de la Villa. Frente al lienzo ahora exhumado debió de existir un foso porque la depresión que se extiende delante del mismo hace 2300 años era una cubeta la mitad de profunda que en la actualidad y esto daba ventajas a cualquier hipotético atacante. Es más, puede que incluso los mismos cauces de los arroyuelos que discurrían por el fondo de las vaguadas que iban a parar, en dirección opuesta, uno al Cañuelo y el otro a la Alameda (Figura 1), distantes cada uno de ellos unas decenas de metros

respecto de la muralla, hubiesen sido acondicionados para ejercer la función de fosos, además inundados, lo que reforzaría su condición defensiva. De los distintos elementos que componen el sistema defensivo de las ciudades prerromanas, este, el de los fosos, es el que peor se conoce, pero no sólo en el ámbito de las regiones célticas, sino también en el de las ibéricas (Lorrio, 2012), máxime, como ocurre en el caso de *Cauca*, cuando la ciudad vaccea se extiende bajo la romana, medieval, moderna y actual.

De lo que no hemos hallado indicios concluyentes en el lienzo documentado es de la existencia de torres. En este aspecto, la variabilidad que presentan las murallas meseteñas de la Segunda Edad del Hierro es enorme, pues algunas carecen por completo de ellas y a lo sumo cuentan con una torre o bastiones para proteger la entrada –siempre el punto más vulnerable de una muralla–, como en los casos de La Coraja (Redondo, Esteban y Salas, 1991), Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 136, fig. 53) o El Ceremeño (Cerdeño y Martín, 1995: 187-189). En otras, los bastiones o las torres son pocas y además están dispuestas a distancias irregulares, generalmente defendiendo puntos estratégicos y aprovechando determinadas singularidades topográficas, con lo que quedan amplios tramos de lienzo continuo, tal como ocurre en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 136, figs. 51 y 52). Y varios son los casos en los que las murallas al ser de cronología más avanzada, las torres son numerosas y éstas se distancian de manera más regular. Quizá los 17 m de muralla ahora exhumada en *Cauca* constituyan una muestra métricamente escasa a estos efectos si consideramos que sólo representan el 1,9% de los cerca de 900 m de longitud que hubo de tener.

Esta, la de la posible existencia de torres, es otra más de las muchas cuestiones que han quedado pendientes de resolver, y no sólo la de la anchura que posee en la base o la del tipo de parapeto del que dispuso, como más arriba se ha dicho. También quedan para un futuro, cuestiones como la de saber si en su cara interna tuvo viviendas adosadas, como suele ser habitual, o bien contaba con espacios abiertos, tal como vemos en algunas zonas de La Hoya (Llanos, 1991; Llanos *et alii*, 2009: 243-248). Podría ser también que dispusiera de una calle de ronda, como se observa, por ejemplo, en el sector noroeste de Numancia (Jimeno y Taberner, 1996: 421). No menos importante que éstas es la cuestión de cómo se relaciona arqueológicamente la muralla con los dos grandes niveles de incendio y destrucción que en Coca se documentan por doquier y que siempre hemos puesto en relación con los episodios de los años 151 y 74 a. C. Para estas preguntas es relativamente fácil hallar respuestas, pues no hay más que practicar una excavación en trinchera transversal bajo los Jardines Públicos a la altura de cualquier punto del paramento ahora localizado y registrar qué nos muestra.

Tampoco es excesivamente complicado situar de manera aproximada la puerta que hubo de tener en este sector, pues seguramente estuvo en las inmediaciones de la mencionada Puerta de la Villa al ser la zona topográficamente más llana. Y como ocurre en la mayoría de las murallas de la Segunda Edad del Hierro, no resulta difícil imaginar esa puerta flanqueada por torres, ya que, como se ha dicho, la puerta constituye el punto más vulnerable de cualquier fortificación y en torno a ella han de concentrarse el mayor número posible de defensores para someter a un fuego cruzado a quienes hayan conseguido llegar hasta la misma. Además de

esto, suele ser frente a la puerta donde también se concentran el mayor número de dispositivos avanzados de defensa: fosos, terraplenes, piedras o estacas hincadas, etc. El objetivo principal de los organizadores de la defensa ciudadana es evitar que cualquier hipotético atacante llegue con comodidad al pie de la muralla porque eso significaría que habrían perdido el control táctico del territorio inmediato al perímetro de la misma.

En todo momento estamos hablando de una puerta, pero pudiera ser que en este extenso flanco de *Cauca*, de casi 1 km de longitud, recordemos, existiera más de una. Appiano refiere que tras una salida en tromba de los caucenses en la que atacaron a los legionarios de Lúculo mientras éstos forrajearon y hacían acopio de madera para el campamento, tuvieron que regresar cuando se les terminaron las armas arrojadas de las que disponían y en el tumulto que se formó delante de las puertas de la muralla (“...περί τε τὰς πύλας...”), aquéllos consiguieron abatir a unos 3000 guerreros caucenses. Pues bien, este texto podría dar pie a pensar que en todo este flanco sur-sureste existió más de una puerta. No obstante, quizá este sólo sea un recurso retórico del escritor alejandrino y se refiera realmente a unas puertas de madera de dos hojas, pues considerando las peculiaridades topográficas de dicho flanco, es muy probable que únicamente existiera una y estuviera situada en las inmediaciones de la mencionada Puerta de la Villa, aunque quizá un poco más retranqueada, un poco más al interior de la población, pues algún que otro indicio arqueológico tenemos y lo único que nos falta es poderlo confirmar.

Una vez explicados los aspectos estructurales de la construcción hasta donde la documentación obtenida permite, aunque sin renunciar a cómo intuimos hubo de ser el sistema defensivo completo de *Cauca*, para lo que nos apoyamos en las singularidades topográficas del enclave y en lo que hoy sabemos de otros núcleos vacceos, conviene realizar algunas precisiones relativas a los materiales que se encontraban embutidos en el paramento de adobes (UE 006), casi todos fragmentos cerámicos de pequeño tamaño, como puede imaginarse. Aun siendo el conjunto recuperado de cierta entidad numérica (69 fragmentos), nos hubiera gustado más significativo en cuanto al repertorio tipológico y en cuanto a las decoraciones registradas porque son los elementos clave para establecer el momento en el que se fabricaron los adobes con los que fue construida la muralla. Ni qué decir tiene que son fragmentos de recipientes amortizados que se fabricaron años o décadas antes de que se levantara la muralla, por lo que son los de cronología más moderna los que nos aproximan al momento de construcción. Esos 69 fragmentos, desde el punto de vista tecnológico y crono-cultural se distribuyen de la siguiente manera:

FASE/TIPO CERÁMICO	FRAGMENTOS DE CERÁMICA FINA	DECORADOS	FRAGMENTOS DE CERÁMICA COMÚN	DECORADOS	TOTAL
Hierro I/Tipo Soto	5	2	8	2	13
Hierro II/Tipo vacceo	38	18	17	0	55
Hierro II/Tipo ibérico	1	-	-	-	1
Total	44	21	25	2	69

Al igual que ocurría en los niveles de base de la muralla, en el alzado de adobes las cerámicas de tipo Soto de Medinilla tienen una presencia relativamente importante, lo que afianza aún más, si cabe, esa idea de que en las proximidades de la misma deben de existir restos de algún pequeño asentamiento o instalación del Hierro Antiguo. Los trece fragmentos recuperados –aunque uno de ellos, de tipo Cogotas II, decorado con peine inciso e impreso, lo más probable es que se fabricara ya a inicios de la Segunda Edad del Hierro (Figura 15, 6)–, constituyen el 18,8% del total. Aparecieron tanto en el interior de adobes de arcilla y greda como en los fabricados con tierras vegetales. Entre las formas representadas se encuentran los cuencos, de superficies simplemente alisadas unos y bruñidas otros, y las ollas. A destacar, un borde de olla decorado con impresiones oblicuas de instrumento (Figura 15, 4) y un galbo con decoración “escobillada” o “a cepillo” por el exterior (Figura 15, 5), muy característica de las producciones cerámicas del sur soteño (Blanco García, 2006a: 420-425), todo lo cual apunta a fechas de los siglos VI-V a. C.

Por lo que a las cerámicas a torno se refiere, las propiamente vacceas ya, de los cincuenta y cinco fragmentos recuperados, treinta y ocho pertenecen a vasos de mesa y diecisiete a vasos de cocina y almacén. Empezando por aquéllos, el tipo mejor representado es el de las tinajillas de tamaño mediano y pequeño. La mayor parte de los fragmentos son galbos carentes de decoración, pero varios de ellos muestran semicírculos concéntricos realizados con pinturas rojas muy oscuras (Figura 15, 10-13), en algún caso colgando de una banda horizontal del mismo color. Tecnológicamente, estos fragmentos pertenecen a una fase inicial de la cerámica a torno vaccea, lo cual casa muy bien con los rasgos de antigüedad que muestran algunos de los seis bordes de tinajilla recuperados, concretamente con los del tipo denominado de “palo de golf” (Figura 15, 8-9), pues son de ala bastante tendida al exterior, el centro de la superficie externa aparece recorrido por una fina arista que hace que aumente un poco el grosor del borde en esa zona, las superficies están muy facetadas, con ciertas irregularidades consecuencia de una técnica de torneado aún no completamente dominada, etc. Todos estos rasgos, observados ya a comienzos de los años ochenta del pasado siglo por J. D. Sacristán en sus excavaciones de *Rauda* (Roa, Burgos) (Sacristán de Lama, 1986), pudieron ser comprobados por nosotros mismos algo después en las de *Cauca* y se pueden identificar en cronologías antiguas de otros muchos yacimientos vacceos.

Junto a este tipo de vaso se han documentado al menos otras cuatro formas más. Una de ellas es un plato-tapadera con ancha acanaladura recorriendo el labio interno para encajar en otro recipiente, presumiblemente de boca cerrada o semicerrada. Es de superficies casi bruñidas y ha sido decorado pictóricamente en su cara externa con un esquema seguramente radial de reticulados entre dos líneas paralelas (Figura 16, 1). Otra es un cuenco de tipo bol decorado con semicírculos concéntricos colgantes de una línea horizontal que discurre bajo el borde y “melenas” realizadas con el mismo peine de tres pinceles mojados en pintura roja oscura (Figura 16, 2). No aporta cronología esta pieza porque se estuvo fabricando desde inicios del siglo IV a. C. hasta finales del I a. C. Ni siquiera el estar pasado de horno, circunstancia que le ha dado la coloración gris que tiene y la pintura ha ennegrecido, puede ser

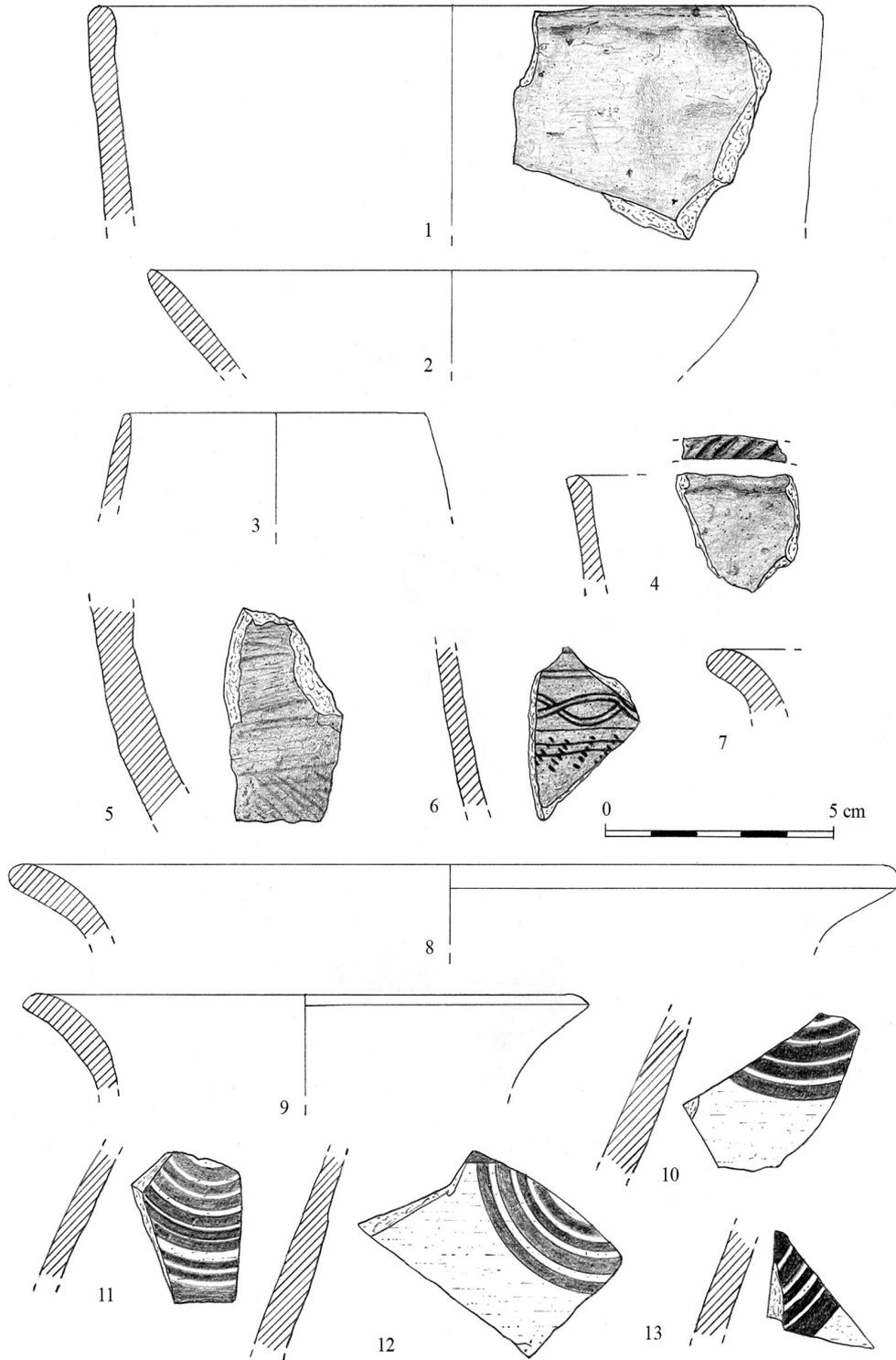


FIGURA 15. SELECCIÓN DE MATERIALES CERÁMICOS RECUPERADOS EN EL INTERIOR DE LOS ADOBES (UE 006). 1-5 Y 7, VASOS DE ELABORACIÓN MANUAL, SOTEÑOS; 6, FRAGMENTO DE CUENCO CON DECORACIÓN "A PEINE"; 8-13, FRAGMENTOS DE CERÁMICA A TORNO, VACCEOS, CON DECORACIÓN PINTADA, PERTENECIENTES A TINAJILLAS (DIBUJO, EL AUTOR).

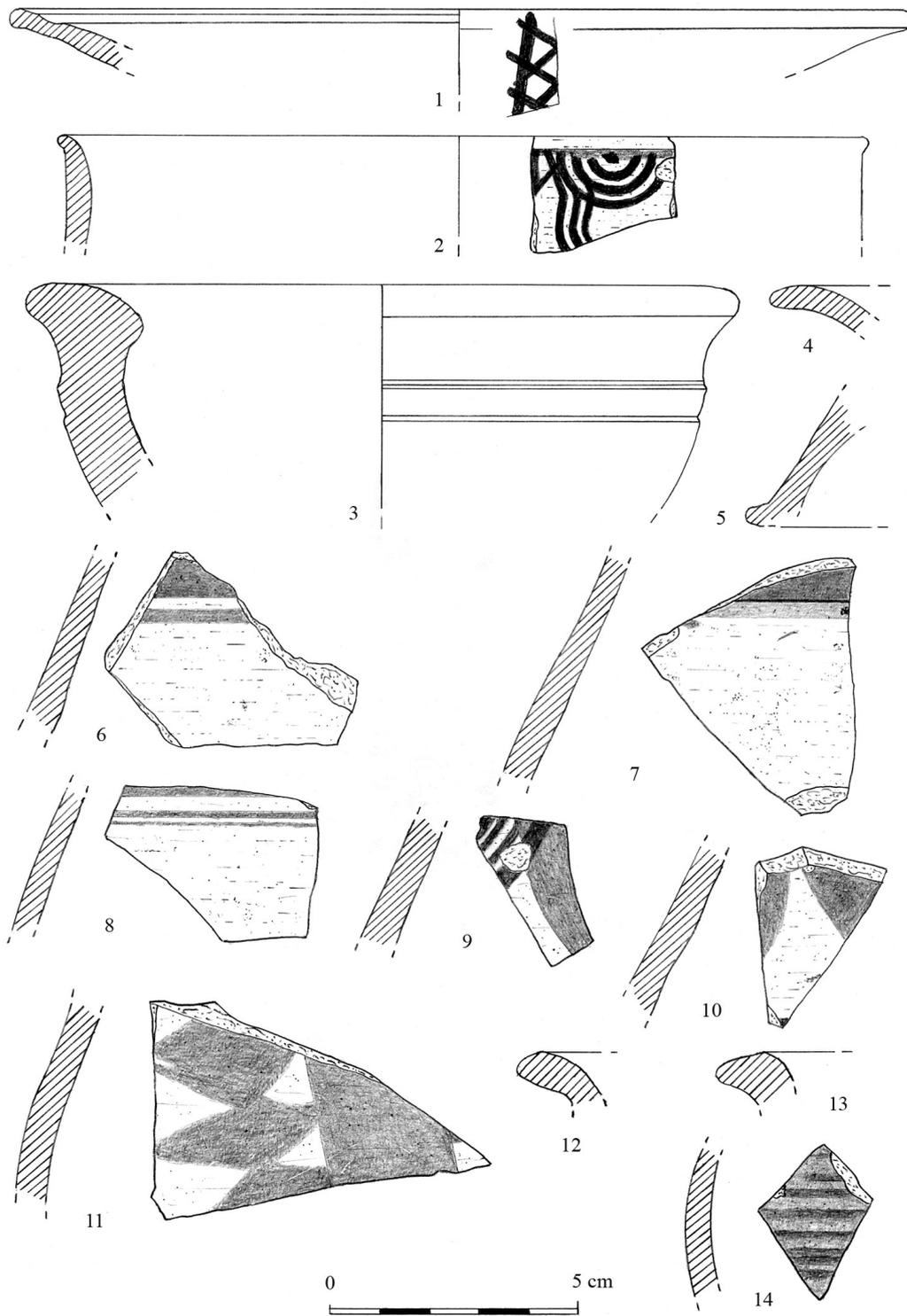


FIGURA 16. SELECCIÓN DE MATERIALES CERÁMICOS RECUPERADOS EN EL INTERIOR DE LOS ADOBES (UE 006). 1-11, CERÁMICA A TORNO VACCEA, LISOS Y CON DECORACIÓN PINTADA; 12-13, BORDES DE CERÁMICA COMÚN VACCEA, A TORNO; 14, FRAGMENTO GRIS BRUÑIDO, IMPORTADO DE LA ZONA ORETANA (DIBUJO, EL AUTOR).

tomado como indicio de pertenecer a unos momentos experimentales de la industria cerámica a torno porque esto se repite a lo largo de toda la trayectoria alfarera vaccea.

Mucho más interesante desde el punto de vista cronológico es el borde de mortero, también algo pasado de horno, que asomaba desde el interior de una de las adobas (Figura 16, 3). Dentro del catálogo de formas torneadas vacceas, esta es una de la que mejor conocemos en cuanto a la evolución que experimentó a lo largo del tiempo. Mientras los ejemplares más antiguos son de paredes muy gruesas, tienen bordes almendrados gruesos también, generalmente inclinados hacia el interior, superficies externa e interna simplemente alisadas, decoración pintada sencilla cuando no inexistente y base poco elevada pero muy sólida (Blanco García, 2003: fig. 19, 9), los más modernos, los del siglo I a. C., son más esbeltos, de paredes más finas, bordes igualmente almendrados pero más estilizados y con inclinación predominantemente hacia el exterior, superficies con un acabado de calidad que puede llegar al bruñido, pie realzado y en muchas ocasiones aparecen decorados con espesas pinturas rojas, anaranjadas e incluso blancas a veces (Blanco García, 1988: 51, foto inf., centro; *Id.*, 2003: fig. 18, 21). Tal es la esbeltez que adquieren estos últimos modelos, que en ocasiones –y como ya hiciera F. Wattenberg (1963: 30) respecto a ejemplares de Numancia–, hemos llegado a dudar si verdaderamente son morteros o no, pues difícilmente podrían aguantar los golpes de la mano moledera aun siendo de madera, aunque, todo hay que decirlo, indicios de golpeo sí hay porque han saltado esquirlas de barro del fondo interno, tanto en piezas de *Cauca* como de *Rauda* (Sacristán de Lama, 1986: 174, lám. LXXXII, 2). Entre ambos extremos, hay numerosos tipos intermedios e incluso tipos que no se ajustan estrictamente a esta dinámica evolutiva. En el alfar vacceo de *Cauca*, por ejemplo, fechado a mediados del siglo III a. C. o puede que algo antes, ya hay un mortero con el borde hacia el exterior (Blanco García, 1998: 126, fig. 6, 8). Por el contrario, en la UE 133 de la campaña de 1999 en Coca, fechada en época pleno-avanzada vaccea, se recupero un mortero completo con el borde apuntado hacia dentro (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-13: 97, fig. 27, abajo). A pesar de estos vaivenes, las peculiaridades formales y tecnológicas de nuestro fragmento de mortero hallado en la muralla nos inclinan a llevarlo a la segunda mitad del siglo IV a. C.

Interesantes también desde el punto de vista cronológico son varios fragmentos de vasijas de almacenamiento decorados con grandes rombos pintados en tintas planas formando una banda horizontal en un caso y vertical en otro (Figura 16, 10 y 11, resp.). Pertenecen a recipientes de tipo *dolium* idénticos, tanto técnica como decorativamente, a los que recuperamos durante la excavación del referido alfar vacceo de *Cauca* (Blanco García, 1998: 124 y 126, fig. 3, 11, fig. 7, 2, fig. 10, 6, 21 y 23, fig. 11, 12, 18 y 20), pero que comienzan a hacer su aparición en los mismos inicios de la cerámica a torno vaccea. En los Cenizales de Simancas, por ejemplo, están presentes estos grandes rombos pintados desde la misma base de la secuencia estratigráfica (Wattenberg, 1978: 172-189), en un contexto material del siglo IV a. C. Y en Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid) este mismo horizonte también se encuentra bien representado (Bellido y Cruz, 1993: 272, fig. 5).

Un último fragmento cerámico en el que conviene que nos detengamos, por el valor cronológico que posee, no pertenece ya a un vaso vacceo, sino ibérico, por

lo que estamos hablando de una importación (Figura 16, 14). Es de pasta gris muy dura y tamizada, con la superficie interna alisada nada más pero la externa muy bien bruñida, aunque no de forma homogénea, sino en facetas, de manera que alternan líneas brillantes hasta el acharolado con otras mates. Recipientes cerámicos con las superficies exteriores tratadas de este modo son habituales en yacimientos de la Oretania septentrional. Así, no hace mucho hemos tenido oportunidad de ver algún que otro fragmento de esta especialidad cerámica en Calatrava la Vieja (Blanco García, Hervás Herrera y Retuerce Velasco, 2012) que, por el contexto general del conjunto cerámico ibérico más que por datos estratigráficos, que no existen por ahora para esta fase de ocupación, se pueden llevar sin duda al siglo IV a. C. Y en Sisapo, donde el repertorio de cerámicas grises es amplísimo y está enraizado en las grises orientalizantes, las tratadas con esta peculiaridad de bruñido se viene fechando desde finales del siglo V a. C. hasta inicios del siglo III a. C., según información verbal que agradezco a la Dra. Fernández Ochoa, directora de las excavaciones de este yacimiento. Por otra parte, este fragmento caucense en concreto pudo haber pertenecido a una pequeña botella de cuerpo globular.

Cumpliendo con lo anunciado unas páginas atrás, la muralla de *Cauca vaccea*, como la de tantos otros núcleos prerromanos hispanos y, en general, europeos y mediterráneos, no sólo tuvo una función militar, sino también simbólica, ya que constituiría un elemento clave en la afirmación de la identidad urbana de la comunidad caucense, de su potencial económico y de su autonomía política. Una muralla confiere prestigio a la comunidad que la ha construido y tras ella vive. Cualquier extranjero que desde el sur se aproximase a *Cauca*, la muralla sería lo primero que vería, y de su mayor o menor impacto visual deduciría la importancia del núcleo de población y el nivel de vida de sus gentes, siempre en comparación con otros, evidentemente. En la mentalidad de las poblaciones de la Edad del Hierro la muralla tenía una consideración de construcción semisagrada porque a ella confiaban la seguridad de las personas y sus bienes, al tiempo que separaba el mundo rural del urbano. Lo salvaje, indómito, agreste, desconocido y peligroso frente a lo doméstico, controlado, seguro y acogedor. Pues bien, cuando durante la excavación apareció bajo el zócalo de piedra un hoyo relleno de tierras negruzcas y entre ellas aparecieron algunos fragmentos óseos pertenecientes a animales pequeños, inmediatamente pensamos que podría tratarse del algún depósito ritual de carácter fundacional relacionado con esa mentalidad que confiere una consideración especial a las murallas, y en sintonía con los que se conocen bajo las murallas de otras ciudades de la época (Alfayé Villa, 2007). Sin embargo, poco duró la duda al localizar y vaciar varios más de las mismas características: no eran más que madrigueras de conejos y liebres. Es de suponer que estos animales se alimentarían de la abundante vegetación que crecía a lo largo del arroyo que discurría unas decenas de metros al sur de la muralla, teniendo sus madrigueras excavadas bajo el zócalo de lajas de piedra de la misma.

Del momento de construcción de la muralla –o al menos de este lienzo–, algo hemos adelantado ya en varios párrafos. Creemos que es anterior a aquel en el que cartagineses y romanos hacen acto de presencia en la Meseta. Los restos cerámicos recuperados en el interior de los adobes y adobas indican que ni la llegada de Aníbal

a las ciudades de *Helmantica* y *Arbucala* en el 220 a. C. ni las primeras incursiones de los romanos en territorio celtibérico muy a comienzos del siglo II a. C., con el temor que en ambos casos debieron de infundir a las poblaciones meseteñas, fueron los desencadenantes de que *Cauca*, como otras muchas ciudades del interior peninsular, se fortificase, sino que esto ocurrió antes, lo que significa que fueron factores endógenos los que motivaron su construcción. Es un hecho comprobado que las ciudades meseteñas, que desde el punto de vista político y militar eran autónomas y funcionaban como pequeñas ciudades-estado, desde comienzos de la Segunda Edad del Hierro estuvieron enfrentadas por ampliar sus territorios de captación de recursos y de dominio político, y que en este proceso los choques entre ellas debieron de ser frecuentes, además de que con la práctica de la guerra se reforzaban los vínculos sociales internos en cada una de ellas y se restañaban heridas entre individuos o grupos emergentes. Pues bien, con todo esto y con la protección de la riqueza que las élites urbanas van acumulando creemos que tiene que ver la creación de los complejos sistemas defensivos de las poblaciones vacceas. Donde cada vez hay más riquezas se hace necesario protegerlas más férreamente. Y en el caso concreto de *Cauca*, determinadas peculiaridades tecnológicas, la tipología y los esquemas decorativos que aparecen en los fragmentos a torno de vasos vacceos amortizados que pasaron a formar parte de los adobes sugieren que su muralla se construyó en la segunda mitad del siglo IV o muy a comienzos del III a. C.

Fue una construcción planificada y dirigida *ab initio* por las élites gobernantes caucenses, que como en el resto del ámbito céltico, hispánico y europeo, sabemos estaban muy “militarizadas”, hacían uso de un importante poder coercitivo sobre las poblaciones que dirigían, sin duda, y tenían suficiente capacidad organizativa para afrontar esta tarea. Pero más allá de esto, entre las muchas cosas que refleja la construcción de una muralla está la extraordinaria inversión de tiempo, trabajo y recursos que realizó la comunidad entera. En cada tramo, en cada lienzo y en cada torre –porque al igual que las de *Pintia*, las murallas de *Cauca* seguramente contaron con torres, y no sólo flanqueando la puerta, sino también a lo largo de los lienzos, aunque por ahora de las mismas nada sepamos–, es de suponer que los trabajos se realizaran en cadena, muy posiblemente con la participación incluso de mujeres, niños y ancianos, como hemos dicho más arriba. Una vez traída la piedra desde el afloramiento herciniano de Migueláñez-Bernardos, seguramente en carros, aunque de los mismos no tengamos constancia arqueológica no sólo en Coca, sino en el conjunto del mundo vacceo, grupos de individuos harían acopio de arcillas y gredas en los cortados de los ríos Voltoya y Eresma al tiempo que otros irían triturando y limpiando el barro, otros amasándolo y moldeándolo en las adoberas y otros tomarían los ya secos y los colocarían en la obra. Es posible que hubiera fases en las que el trabajo se haría de este modo, en cadena, y otras en las que todos harían de todo. Lo que es impensable para las murallas vacceas y, en general, para el conjunto de las meseteñas, es que hubieran existido equipos itinerantes de trabajadores especializados en la construcción de murallas que fueran ofreciendo sus servicios de ciudad en ciudad, como en alguna ocasión se ha propuesto para determinadas zonas del mundo ibérico (Romeo Marugán, 2002: 176-180) y era habitual en tiempos medievales.

Únicamente nos resta por tratar un último punto, y es el relativo al momento en el que dejó de estar operativa la muralla vaccea de *Cauca*, a aquel en el que perdió la función para la que había sido construida. Si consideramos, por una parte, que en la época de las Guerras Sertorianas (82-72 a. C.) la Submeseta norte en absoluto fue un territorio fiel a la República Romana, y de ahí que muchas de sus ciudades tomaran partido por Quinto Sertorio y en contra de aquélla, con lo que en cualquier momento se les podían pedir cuentas, como de hecho les ocurrió a *Pallantia* y a la propia *Cauca* en el año 74 a. C., y por otra, que a mediados del siglo I a. C. se producen una serie de revueltas en el ámbito vacceo (Pérez Vilatela, 1999; Amela Valverde, 2002), es evidente que al menos hasta la segunda mitad de dicho siglo, o hasta la pacificación total de Hispania tras las Guerras Cántabras, seguía conservando su función. Y no sería hasta finales del siglo I a. C. o comienzos del I d. C. cuando ya se convertiría en una obra arruinada en muchos de sus tramos pero de la que todavía quedarían en pie no pocos vestigios, aquí y allá. Nuestras excavaciones de las dos últimas décadas del pasado siglo pusieron de relieve que las edificaciones romanas de *Cauca* tenían cimientos y zócalo de pizarras y cuarcitas, alzados de adobe y cubiertas de teja sobre estructura de madera. Pues bien, en absoluto nos extrañaría, aunque nada hay por ahora que lo pueda demostrar, que los restos arruinados de la muralla vaccea se hubieran convertido en canteras de aprovisionamiento de adobes para muchas construcciones de época romana. El que en algunos adobes pertenecientes a edificaciones romanas aparezcan embutidos fragmentos de cerámica vaccea podría ser un indicio que apuntaría en esa dirección, pero esos adobes no necesariamente han de proceder de la muralla, y ni tan siquiera se puede decir que fueran reaprovechados de una construcción doméstica vaccea. Lo que sí es un hecho comprobado es que *Cauca* altoimperial nunca llegó a expandirse hacia el sur-sureste más allá del límite que representaba la muralla vaccea, aunque sí parece que existieran algunas casas dispersas, por lo que da la impresión de que para los caucenses de los siglos I y II d. C., que desde hacía tiempo venían adoptando y asimilando influencias materiales e ideológicas romanas pero que, en esencia, no dejaban de ser vacceos en proceso de romanización, el recuerdo de por dónde discurrió la muralla que protegió a sus antepasados siempre lo debieron de tener muy presente.

Con su reciente descubrimiento, recuperan los caucenses una importantísima pieza del puzzle de su pasado histórico, parte de esa memoria perdida hace siglos, y un monumento singular más. El más antiguo de todos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO, F. J. 2014: "Vertavillo. El viejo Breto". *Vaccea Anuario 2013* (nº 7): 26-32.
- ABARQUERO, F. J. y PALOMINO, A. L. 2006: "Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* vacceo del Cerrato palentino". *PITTM*, 77: 31-116.
- 2012: *Arquitectura doméstica y mundo simbólico en la ciudad vaccea de Rauda. La 'Casa del Sótano' en Las Eras de San Blas (Roa, Burgos)*. Burgos.
- ABARQUERO, F. J. y PÉREZ, F. J. 2010: "La Ciudad' de Paredes de Nava y el problema de la identificación de la *Intercatia* vaccea". En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4 (CEVFW Universidad de Valladolid). Valladolid: 163-192.
- ALFAYÉ VILLA, S. 2007: "Rituales relacionados con murallas en el ámbito celtibérico". *Palaeohispanica*, 7: 9-41.
- ALMAGRO-GORBEA, M., MARINÉ, M. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (eds.) 2001: *Celtas y Vettones*. Catálogo de la Exposición. Ávila.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. 1999: *Los vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1. Madrid.
- 2003: *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal Arqueología. Madrid.
- 2007: "El poblado fortificado de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) y su relación con el poblamiento prerromano del Valle Amblés". En L. Berrocal y P. Moret (eds.) *Paisajes Fortificados de la Edad del Hierro. Las Murallas Protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica en su Contexto Europeo*. BAH, 28. Madrid: 237-254
- (ed.) 2008: *Arqueología vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro*. Catálogo de la Exposición. Zona Arqueológica, 12. Madrid.
- 2011: "Ciudades vettonas". En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y ciudades en el primer milenio a. C. La Meseta norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22 (2): 147-183.
- AMELA VALVERDE, L. 2002: "La sublevación vaccea del año 56 A. C.". *Gallaecia*, 21: 269-285.
- BARRIO MARTÍN, J. 1999a: *La II Edad del Hierro en Segovia (España)*. Estudio arqueológico del territorio y la cultura material de los pueblos prerromanos. BAR, Int. Ser., 790. Oxford.
- 1999b: "Arquitectura de tierra en el poblado prerromano de Cuéllar (Segovia, España)". En M. Hamman (coord.) *Actes du Colloque International sur L' Architecture en Terre en Méditerranée: Histoire et Perspectives*. Université Mohammed V, Colloques et Séminaires, 80. Rabat: 41-69.
- 2012: "Cuéllar vaccea. Arqueología de un asentamiento vacceo al sur del Duero". En *Vaccea Anuario 2011* (nº 5): 26-32.
- BELLIDO, A. y CRUZ, P. J. 1993: "Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 263-277.
- BLANCO GARCÍA, J. F. 1987: *Moneda y circulación monetaria en Coca (siglos II a. C. - V d. C.)*. CAMP. Segovia.
- 1988: "Coca arqueológica". *Revista de Arqueología*, 81: 46-55.
- 1991: *Los hornos de cerámica vaccea de Coca (Segovia)*. Memoria de Excavación entregada en la Delegación de Cultura de la Junta de Castilla y León en Segovia. Inédita.

- 1992a: “El circuito amurallado de Coca”. En *III Congreso de Arqueología Medieval Española*. Vol. II, Comunicaciones. Oviedo: 433-439.
 - 1992b: “El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)”. *Revista de Arqueología*, 130: 34-41.
 - 1994a: “Fortificación y organización del espacio de una villa segoviana a comienzos del siglo XVI”. En *Actas del I Congreso de Castellología Ibérica*. Palencia: 233-255.
 - 1994b: “El castro protohistórico de La Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21: 35-80.
 - 1998: “Las producciones cerámicas del alfar vacceo de *Cauca* (Coca, Segovia)”. *Madridener Mitteilungen*, 39: 121-141.
 - 2001: “La cerámica celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 27: 23-62.
 - 2002: “Coca. *Cauca*”. En T. Mañanes *Arqueología del Área Central de la Cuenca del Río Duero: de Simancas a Coca*. Valladolid: 127-173.
 - 2003: *Cerámica histórica en la provincia de Segovia. I. Del Neolítico a época visigoda (V Milenio-711 d. C.)*. Trabajos de Arqueología Hispánica, 1. NRT Ediciones. Segovia.
 - 2006a: *El primer milenio a. C. en el noroeste de Segovia. Hacia la formación de Cauca (Coca). (Siglos XI-V d. C.)*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Tesis Doctorales. Madrid. (Escrito entre 1997 y 2000).
 - 2006b: “El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 2: 35-84.
 - 2011: “Coca en los inicios de su historia”. En *Historia de Coca. Estudios de Historia y Arte en Coca*. Segovia: 71-98.
 - 2014a: “Descubiertas las murallas vacceas de *Cauca*”. *Vacceas Anuario 2013* (nº 7): 78-79.
 - 2014b: “Indicios arqueológicos de desigualdad social en los poblados de la fase de plenitud de la cultura del Soto de Medinilla (700-400 a. C.) situados en el centro de las campiñas meridionales del Duero”. En *Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 1, *Homenaje a la profesora Catalina Galán Saulnier*: 87-100.
 - 2014c: “Las raíces de los vacceos”. *Vacceas Anuario 2013* (nº 3): 54-64.
 - e. p. a: “Sobre la ubicación del campamento de Lúculo durante el asedio de *Cauca* del 151 a. C. y las posiciones de Pompeyo Magno en la destrucción del 74 a. C.”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 11.
 - e. p. b: “Los pueblos prerromanos del interior peninsular y los territorios atlánticos”. En *Historia de España* (dir. por A. Alvar Ezquerra). Vol. II, *Protohistoria* (coord. por S. Celestino). Ediciones Akal. Madrid.
 - e. e.: *Cauca (Coca, Segovia). Formación, desarrollo y romanización de una ciudad vaccea*.
- BLANCO GARCÍA, J. F., HERVÁS HERRERA, M. A. Y RETUERCE VELASCO, M. 2012: “Una primera aproximación arqueológica al *oppidum* oretano de Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real)”. *Estudios de Lenguas y Epigrafía Antiguas*, 12: 85-150.
- BLANCO GARCÍA, J. F., LUCENDO DÍAZ, D., RETUERCE VELASCO, M. Y TORRES GONZÁLEZ, T. 2011: “El *oppidum* vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las recientes excavaciones arqueológicas”. *Vacceas Anuario 2010* (nº 4): 78-82.
- BLANCO GARCÍA, J. F., PÉREZ GONZÁLEZ, C. Y REYES HERNANDO, O. V. 2012-13: “Campaña de excavación arqueológica de 1999 en *Cauca* (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 8-9: 29-144.
- BLANCO GARCÍA, J. F. Y RETUERCE VELASCO, M. 2010: “Últimas intervenciones arqueológicas en el Cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid)”. *Vacceas Anuario 2009* (nº 3): 77-79.

- CERDEÑO, M. L. 2005: “La Zona Arqueológica de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)”. En A. Jimeno (ed.) *Celtíberos. Tras la Estela de Numancia*. Catálogo de la Exposición. Soria: 103-107.
- CERDEÑO, M. L. y MARTÍN, E. 1995: “Sistemas defensivos de un castro celtibérico: ‘El Ceremeño’ de Herrería”. En F. Burillo (coord.) *III Simposio sobre Los Celtíberos. Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: 185-190.
- DEL OLMO, J. 1999: “Arqueología aérea en tres ciudades indígenas romanizadas”. En A. Rodríguez Colmenero (coord.) *Los Orígenes de la Ciudad en el Noroeste Hispánico*. Actas del Congreso Internacional, vol. I. Lugo: 409-428.
- 2006: “Arqueología aérea de las ciudades romanas en la Meseta Norte. Algunos ejemplos de urbanismo de la primera Edad del Hierro, segunda Edad del Hierro y Romanización”. En *Nuevos Elementos de Ingeniería Romana. III Congreso de las Obras Públicas Romanas*. León: 313-340.
- DEL OLMO, J. y SAN MIGUEL, L. C. 1993: “Arqueología aérea en asentamientos vacceos”. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 507-528.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. 2011: “La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero”. En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y ciudades en el primer milenio a. C. La Meseta norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22 (2): 49-94.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (eds.) 1995: *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. 1995: “El poblado ‘céltico’ de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90”. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 149-177.
- DÍEZ, A. 2011: “Aportaciones geológicas a las investigaciones arqueológicas en Coca (Segovia)”. En *Historia de Coca. Estudios de Historia y Arte en Coca*. Segovia: 37-68.
- DÍEZ, A., BATEMAN, M. D., LÓPEZ, J. A. y VEGAS, J. 2002: “Procesos eólicos tardiglaciares en la submeseta septentrional: cronología del manto arenoso de Tierra de Pinares”. En A. Pérez et alii (eds.) *Aportaciones a la Geomorfología de España en el inicio del Tercer Milenio*. Madrid: 167-175.
- ESCUDERO, Z. 1995: “Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de ‘El Soto de Medinilla’ (Valladolid)”. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: 179-217.
- ESPARZA ARROYO, Á. 1986: *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora.
- 2003: “Castros con piedras hincadas del oeste de la Meseta y sus aledaños”. En N. Alonso et alii (coords.) *Chevaux-de-frise i Fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*. Lleida: 155-178.
- 2011: “Los castros del oeste de la Meseta”. En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y ciudades en el primer milenio a. C. La Meseta norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22 (2): 11-47.
- GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C. 1993: “El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica”. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 335-370.
- GUTIÉRREZ, A. y VILLANUEVA, O. 1998: “Cerámica medieval en el norte de España. Balance y perspectivas”. En J. M. Diogo y H. Ch. Abraços (coords.) *Actas das 2as. Jornadas de Cerâmica Medieval e Pos-Medieval. Métodos e Resultados para o seu Estudo*. Tondela: 439-449.
- JIMENO, A. (ed.) 2005: *Celtíberos. Tras la Estela de Numancia*. Catálogo de la Exposición. Soria.

- 2011: “Las ciudades celtibéricas de la Meseta Oriental”. En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y ciudades en el primer milenio a. C. La Meseta norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22 (2): 223-276.
- JIMENO, A. y TABERNEIRO, C. 1996: “Origen de Numancia y su evolución urbana”. *Complutum*, Extra 6 (1): 415-432.
- LLANOS, A. 1991: “La Hoya. Un poblado de la Edad del Hierro”. En M. Almagro-Gorbea (coord.) *Los Celtas en la Península Ibérica*. Revista de Arqueología, Extra nº 5: 110-113.
- LLANOS, A., ARMENDÁRIZ, J., CASTIELLA, A., PEÑALVER, X., SÁENZ, P. y UNZUETA, M. 2009: “La Edad del Hierro en el Cantábrico oriental y su entorno”. En A. Llanos (coord.) *Actas del Congreso Internacional Medio Siglo de Arqueología en el Cantábrico Oriental y su Entorno*. Vitoria: 201-344.
- LORRIO, A. J. 1997: *Los Celtíberos*. Complutum, Extra nº 7. Alicante/Madrid.
- 2008: “Los celtíberos”. En F. Gracia (coord.) *De Iberia a Hispania*. Barcelona: 553-647.
- 2012: “Fosos en los sistemas defensivos del Levante ibérico (siglos VIII-II a. C.)”. *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 22: 59-86.
- MACARRO, C. y ALARIO, C. 2012: *Los orígenes de Salamanca. El poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Salamanca.
- MISIEGO, J. C., MARTÍN, M. A., MARCOS, G. J. y SANZ, F. J. 1997: “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de ‘La Corona/El Pesadero’, en Manganeses de la Polvorosa (Zamora)”. *AIEZFO* 1997: 17-41.
- MISIEGO, J. C., MARTÍN, M. A., MARCOS, G. J. y SANZ, F. J., PÉREZ, F. J., DOVAL, M., VILLANUEVA, L. A., SANDOVAL, A. M., REDONDO, R., OLLERO, F. J., GARCÍA, P. F., GARCÍA, M. I. y SÁNCHEZ, G., 2013: *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de ‘La Corona/El Pesadero’, en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19. Edición electrónica.
- MISIEGO, J. C., MARTÍN, M. A., SANZ, F. J., MARCOS, G. J. y LARRÉN, H. 1998: “Arqueología en territorio astur. La Corona/El Pesadero (Zamora)”. *Revista de Arqueología*, 208: 24-35.
- MISIEGO, J. C., SANZ, F. J., MARCOS, G. J. y MARTÍN, M. A. 1997: “Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaajos (Santiago de la Valduerna, León)”. *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 7: 43-65.
- MORATINOS, M. y SANTAMARÍA, J. E. 1991: “Nuevas aportaciones a la arqueología medieval vallisoletana. La excavación de los hornos y testar del solar nº 23 de la calle Duque de la Victoria”. En G. Delibes *et alii* (coords.) *Arqueología Urbana en Valladolid*. Valladolid: 151-187.
- MOREDA, J., NUÑO, J. y RODRÍGUEZ, A. 1986: “El testar de la calle Olleros (Duque de la Victoria) de Valladolid”. *I CAME*. Zaragoza: 453-471.
- MORET, P. 1996: *Les Fortifications Ibériques de la fin de l’Âge du Bronze à la Conquête Romaine*. Collection Casa Velázquez, 56. Madrid.
- PALOL, P. de 1964: “La muralla céltica del poblado de ‘El Soto de Medinilla’”. *VIII CNA*. Zaragoza: 275-276.
- PALOL, P. DE Y WATTENBERG, F. 1974: *Carta arqueológica de España*. Valladolid. Valladolid.
- PERALTA, E. 2000: *Los cántabros antes de Roma*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 5. Madrid.
- PÉREZ, F. J. y ABARQUERO, F. J. 2010: “La Ciudad’ de Paredes de Nava. *Civitas vacceorum* en Tierra de Campos”. *Vaccea Anuario 2009* (nº 3): 28-36.
- 2011: “Avance de los estudios geofísicos en ‘La Ciudad’ de Paredes de Nava”. *Vaccea Anuario 2011* (nº 4): 85-86.
- PÉREZ VILATELA, L. 1999: “Vacceos en guerra (220-29 a. C.)”. En A. Alonso *et alii* (coords.) *Homenaje al Profesor Montenegro. Estudios de Historia Antigua*. Valladolid: 223-241.

- QUESADA, F. 2001: “En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos”. *Gladius*, XXI: 145-154.
- REDONDO, J. A., ESTEBAN, J. y SALAS, J. 1991: “El castro de La Coraja de Aldeacentenera (Cáceres)”. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Extremadura Arqueológica II. Mérida: 269-282.
- RETUERCE VELASCO, M. 1998: *La cerámica andalusí de la Meseta*. T. I, Texto. T. II, Ilustraciones y mapas. CRAN Estudios. Madrid.
- ROMEO MARUGÁN, F. 2002: “Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos”. En P. Moret y F. Quesada (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*. Collection de la Casa de Velázquez, nº 78. Madrid: 152-188.
- ROMERO CARNICERO, F. 1991: *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80. Valladolid.
- 1992: “Antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la Primera Edad del Hierro”. En J. M. Báez Mezquita (coord.) *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para su estudio*. Valladolid: 175-211.
- 2003: “Piedras hincadas en el oriente meseteño”. En N. Alonso et alii (coords.) *Chevaux-de-frise i Fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*. Lleida: 179-208.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., (eds.) 2003: *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. 1995: “Las Cogotas: *Oppida* and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta”. En B. Cunliffe and S. Keay (eds.) *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century AD*. Oxford: 209-235.
- (eds.) 2011: *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*. Ávila.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. 1986: *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos). Valladolid.
- 2010: “El poblamiento y el urbanismo vacceos”. En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4 (CEVFW Universidad de Valladolid). Valladolid: 123-161.
- 2011: “El urbanismo vacceo”. En J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y ciudades en el primer milenio a. C. La Meseta norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22 (2). Madrid: 185-222.
- SAN MIGUEL, L. C., ARRANZ, J. A. y GÓMEZ, A. 1995: “Novedades urbanísticas en habitats vacceos”. En F. Burillo (coord.) *III Simposio sobre Celtiberos. Poblamiento*. Zaragoza: 381-387.
- SANCHES, M. de J. 1997: *A Pré-história recente da Trás-os-Montes e Alto Douro*. Porto.
- SÁNCHEZ MORENO, E. 2000: *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Ediciones de la UAM, Colección de Estudios, 64. Madrid.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. 2011a: “El foso y el sistema defensivo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid)”. *Revista d’Arqueología de Ponent*, 21: 221-232.
- 2011b: “Campaña XXI, 2010, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)”. *Vaccea Anuario 2010* (nº 4): 6-14.
- 2014: “El complejo defensivo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid)”. En F. Burillo y M. Chordá (eds.) *VII Simposio sobre los Celtiberos. Nuevos Hallazgos. Nuevas Interpretaciones*. Zaragoza: 129-137.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., OLTEANU, T., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. 2010: “Los sistemas defensivos de *Pintia*”. *Vaccea Anuario 2009* (nº 3): 13-19.
- SCHULTEN, A. 1928: *Cauca (Coca). Una ciudad de los celtiberos*. Segovia.

- TORRES-MARTÍNEZ, J. F. 2011: *El Cantábrico en la Edad del Hierro. Medioambiente, Economía, Territorio y Sociedad*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 35. Madrid.
- VILLANUEVA, O. 2011: “La ollería y alcallería en la cuenca del Duero a lo largo de la Edad Media y Moderna”. En J. Coll Conesa (coord.) *Manual de Cerámica Medieval y Moderna*. Madrid: 87-115.
- WATTENBERG, F. 1963: *Las cerámicas indígenas de Numancia*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV. Madrid.
- 1978: *Estratigrafía de los Cenizales de Simancas (Valladolid)*. MMAV, 2. Valladolid.



Monográfico:

Neandertales en Iberia

Varia

13 JUAN A. MARTOS ROMERO & LUIS G. VEGA TOSCANO & SERGIO RIPOLL LÓPEZ
La imagen de la humanidad antediluviana en los manuales utilizados en la segunda enseñanza española (1845-1900) · The antediluvian humankind image in the textbooks used in spanish secondary education (1845-1900)

49 NURIA MARTÍNEZ RENGEL
Aproximación a la Prehistoria de las Islas Baleares. Situación actual · Approach to the Prehistory of the Balearic Islands. Current situation

59 ANTONIO BELLIDO BLANCO
Rituales y símbolos en el sepulcro colectivo de El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid) · Rituals and symbols in the collective tomb of El Miradero (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)

87 FRANCISCO BLANCO GARCÍA
La muralla de *Cauca Vaccea* · A The vaccaean wall of *Cauca*

Artículos · Articles

137 JOSÉ YRAVEDRA SÁINZ DE LOS TERREROS
La explotación de recursos animales durante el Paleolítico medio en el interior de la Península Ibérica · Animal resource exploitation during the Middle Paleolithic in inland Iberia

153 ALEIX EIXEA & BEATRIZ GINER & PAULA JARDÓN & JOÃO ZILHÃO & VALENTÍN VILLAVERDE
Elementos líticos apuntados en el yacimiento del Paleolítico medio del abrigo de La Quebrada (Chelva, Valencia): caracterización tecno-tipológica y análisis · Pointed stone tools in the Middle Paleolithic site of Abrigo de la Quebrada (Chelva, Valencia): tecno-typological approach and macrofractures analysis

185 CONCEPCIÓN TORRES NAVAS & JAVIER BAENA PREYSLER
Neandertales en el centro peninsular: tecnocomplejos musterienses en la región de Madrid · Neanderthals in Central Iberia: mousterian technocomplex in the region of Madrid

211 ENRIQUE BAQUEDANO & BELÉN MÁRQUEZ & CÉSAR LAPLANA & JUAN GÓMEZ & ALFREDO PÉREZ-GONZÁLEZ & JOSÉ LUIS ARSUGA
Creación y musealización del parque arqueológico del Calvero de la Higuera (Pinilla del Valle, Comunidad de Madrid), en el Valle Alto del Lozoya: *el valle de los Neandertales* · Creation and musealization of Calvero de la Higuera archaeological park (Pinilla del Valle, Community of Madrid), in the Lozoya High Valley: *the Neanderthals Valley*.

237 MARCO DE LA RASILLA VIVES & DAVID SANTAMARÍA ÁLVAREZ, & ELSA DUARTE MATÍA
Asturias en la geografía neandertal y musteriense de la Península Ibérica · Asturias in the Iberian Peninsula Neanderthal and Mousterian geography